

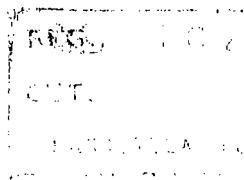
18

El Estado mágico Naturaleza, dinero y modernidad en Venezuela

Fernando Coronil

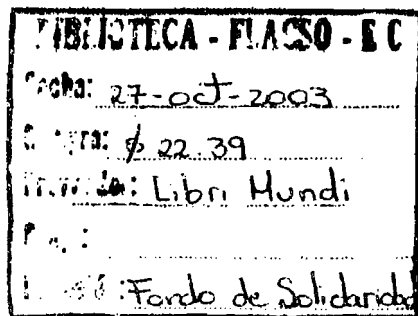
Nueva Sociedad
Consejo de Desarrollo Científico y Humanístico
de la Universidad Central de Venezuela

Primera edición en castellano: 2002
Traducción al castellano de Esther Pérez, revisada por el autor.



Nueva Sociedad agradece a The University of Chicago Press, Chicago - London, la generosa cesión de los derechos para la presente edición en castellano.

*Para Andrea y Mariana, con Julie,
en la memoria de Lya Imber de Coronil*



© 1997 The University of Chicago Press, Chicago - London.
Todos los derechos reservados.
© de la presente edición en castellano Editorial NUEVA SOCIEDAD y
Consejo de Desarrollo Científico y Humanístico de la Universidad Central de Venezuela
Apartado 61.712 Caracas, 1060-A, Venezuela
Telfs.: (58-212) 2659975, 2650593, 2655321, 2673189
Fax: (58-212) 2673397

Correo-e: nuso@nuevasoc.org.ve
<http://www.nuevasoc.org.ve>

Edición al cuidado de Sergio Chejfec

Diseño de portada: Javier Ferrini

Composición electrónica: Juan Francisco Vázquez L.
Teléfono: (58-212) 5500610

Impreso en Venezuela

ISBN 980-317-184-4
Hecho el depósito de ley: lf 36920013203072



Hombre con un busto de Simón Bolívar durante el saqueo de Caracas tras la muerte del general Juan Vicente Gómez el 17 de diciembre de 1935.
(Instituto Autónomo Biblioteca Nacional.)

Quizás la palabra más compleja del idioma sea "naturaleza". Resulta relativamente fácil distinguir en ella tres zonas de significado: 1) la cualidad y el carácter esencial de algo; 2) la fuerza immanente que dirige al mundo o a los seres humanos, o a ambos; 3) el mundo material, se incluya o no en él a los seres humanos. No obstante, es evidente que en 2) y 3), aunque la zona de referencia es clara en sentido general, los significados precisos son variables y, en ocasiones, incluso opuestos. El desarrollo histórico de la palabra en los tres sentidos es importante, pero también resulta significativo que los tres sentidos, y las muchas variaciones y alternativas en el seno de los dos más complicados de ellos, permanecen aún activos y generalizados en los usos contemporáneos de la palabra.

Raymond Williams

Una construcción de la historia que no mire hacia adelante, sino hacia atrás, hacia la destrucción de la naturaleza material como ha ocurrido realmente, brinda un contraste dialéctico con el mito futurista del progreso histórico (que sólo puede sostenerse si se olvida lo sucedido).

Susan Buck-Morss

Como dijera Borges en cierta ocasión, la ausencia de camellos revela la autenticidad del Corán: es un texto que tiene sus raíces en una cultura donde se da por sentada la existencia de los camellos. Siguiendo la misma lógica, la poca atención prestada a la naturaleza por la teoría social occidental contemporánea, quizás muestre hasta qué grado la apropiación masiva de los recursos naturales de la cual depende el mundo moderno ha llegado a asumirse como un hecho natural. Sin embargo, si en el primer caso esa familiaridad expresa la dinámica milenaria entre sociedad y naturaleza, en el segundo refleja el crecimiento abrupto de una perspectiva de corto plazo que amenaza el futuro de la naturaleza y de la humanidad.

"Podemos cerrar los ojos y decir que no queremos estar bien informados sobre estos temas", afirma uno de los autores del "primer informe completo sobre el estado general del territorio de los Estados Unidos"¹. No obstante, ese estudio insta a una toma de conciencia colectiva: "Vastos territorios donde antes existía un dinámico *hábitat* natural, que en una época sumaban al menos la mitad del área de los 48 estados contiguos, se han degradado hasta el punto de correr peligro". Otro de sus autores, al

1. En la primera página de *The New York Times* del 15 de febrero de 1995 se publicó un artículo sobre este informe. Sobre la idea de que la protección de las especies en vías de extinción no puede adoptarse como un objetivo absoluto, sino que se la debe equilibrar con la promoción de las necesidades humanas, v. Mann y Plummer (1994).

alertar sobre el hecho de que "no se trata de que estén desapareciendo especies aquí y allá, sino de que estamos perdiendo conjuntos enteros de especies y sus *hábitats*", propone que "a los que fomentan nuevos proyectos debería exigírseles pruebas de que sus actividades no resultarán dañinas". En momentos cuando se exalta el libre mercado como la encarnación natural de la racionalidad, creo que es más que probable que los encargados de presentar aquellas pruebas serán los estados, cuyas regulaciones sobre conservación ambiental (incluida la Ley sobre Especies en Vías de Extinción [*Endangered Species Act*], aprobada en EEUU), corren el riesgo de ser eliminadas por "antinaturales", en respuesta a las presiones de los defensores de los derechos sobre la propiedad y sus aliados conservadores en el Congreso estadounidense. Resulta irónico que los pasos que dan los conservadores para abrir nuevos espacios a la obtención de ganancias mediante la eliminación de impedimentos al juego "natural" del mercado, amenacen con crosionar las bases físicas que hacen posibles las ganancias a largo plazo y la vida misma.

Es notable que el informe describa la destrucción de la naturaleza en el mismo centro del sistema capitalista. La información disponible sobre el resto de las Américas y otras regiones no metropolitanas, configura una imagen inquietante de la devastación de la naturaleza que ha tenido lugar en las naciones neocoloniales, en las cuales una cultura colonial de pillaje de la naturaleza sigue sirviendo de base a las prácticas actuales. A pesar de los esfuerzos encaminados a diversificar sus economías, realizados después de obtener la independencia, estas antiguas colonias continúan, por lo general, dependiendo de productos agrícolas o minerales de exportación y son regidas por Estados cuyas indulgentes políticas ambientales a menudo son violadas por "promotores" que cuentan con la complicidad de funcionarios estatales².

Un ejemplo típico ilustra la erosión de las bases naturales de las economías del Tercer Mundo. Hace una década, las Naciones Unidas consideraban "rico" en recursos hidráulicos a El Salvador, pero hoy lo definen como cercano a la "línea de la pobreza". El país experimenta actualmente una grave escasez de agua debido a la mala planificación, el despilfarro causado por tuberías con un deficiente mantenimiento y el uso abusivo por parte de los dueños de la tierra. El caudal del Lempa, el mayor

río del país, ha disminuido en 62,9% entre 1985 y 1993. Ricardo Navarro, director del Centro Salvadoreño de Tecnología Apropriada, afirma que el agua "se convertirá en un recurso estratégico, y una gran parte de las futuras acciones políticas y militares tendrán como causa el abastecimiento de agua a habitantes con poder". Y añade: "En el futuro hablaremos de ecopolítica y no de geopolítica, porque los límites geográficos serán menos importantes que los ecológicos para la definición de áreas de interés y relaciones de poder". Según Navarro, "lo que debiera constituir una fuente de vida se convertirá en fuente de disputas y violencia" (cit. por Dalton 1995)³. La distinción que establece Navarro entre preocupaciones ecológicas y geográficas llama poderosamente la atención sobre la necesidad de incluir una apreciación más plena de la importancia de la naturaleza en la geopolítica contemporánea. Y aunque este ejemplo parezca tener importancia solo en el nivel interno, la destrucción del bosque húmedo de la Amazonia, fuente de oxígeno de todo el planeta, evidencia que las preocupaciones ecológicas plantean cuestiones relativas a la soberanía nacional y los derechos internacionales que ponen en tela de juicio los límites geopolíticos tradicionales.

Desde los orígenes del comercio mundial, nacido con la conquista de las Américas, hasta la globalización del mercado acelerada por avanzadas tecnologías de la producción y de las comunicaciones, la mercantilización planetaria de los recursos naturales tiende a continuar como si estos fueran inagotables, a pesar de las restricciones conservacionistas. Para todo propósito práctico, en las sociedades en las cuales los negocios han llegado a definir el sentido común y los fines de la existencia, se da por sentada la naturaleza.

La teoría social occidental y la naturaleza

Ninguna generalización puede hacer justicia a los tratamientos diversos y complejos que ha hecho de la naturaleza la teoría social occidental. Creo, sin embargo, que los paradigmas dominantes en la ciencia social occidental tienden a reproducir la premisa que permea la cultura moderna de que puede darse por sentada a la naturaleza. La cosmovisión del

2. Para un análisis clásico del impacto destructivo de la conquista y la colonización de las Américas, v. Crosby (1972).

³. Traducido del inglés. (N. de la T.)

progreso histórico posterior a la Ilustración por lo general afirma la primacía del tiempo sobre el espacio, y de la cultura sobre la naturaleza. En el marco de estas polaridades, la naturaleza se asocia de manera tan cercana al espacio y a la geografía que estas categorías a menudo se emplean como metáforas intercambiables. Cuando las diferencian, los historiadores y los científicos sociales usualmente presentan espacio o geografía como un escenario inerte sobre el cual tienen lugar los acontecimientos históricos, y a la naturaleza como el material pasivo con el cual los seres humanos construyen su mundo³. Esta separación entre historia y geografía, y el predominio del tiempo sobre el espacio, tienen el efecto de producir imágenes de sociedades que parecen separadas de su medio natural, como si estuvieran hechas de aire. Cuando aparece la naturaleza generalmente adopta, de nuevo, la apariencia del aire, eterna y al alcance de la mano. Bañada por esta luz engañosa, la apropiación social de la naturaleza no parece requerir una atención analítica especial.

No pretendo que esta caracterización sea más que una guía general que me ayude a ubicar mi punto de vista sobre los paradigmas teóricos dominantes tal y como los veo desde mi perspectiva de antropólogo cultural e historiador. Mi obra, que forma parte de una contracorriente, parte de estudios que se oponen a la actual priorización del tiempo a costa del espacio, pero no mediante un reordenamiento, sino mediante una redefinición de esas categorías para integrar una concepción espacializada del tiempo con una idea temporalizada del espacio. Muchos de esos estudios se han producido en el punto de intersección entre la geografía radical y la economía política. En un análisis sobre esta corriente titulado "The Postmodernization of Geography: A Review", Edward Soja comenta que la atención creciente que les conceden los no geógrafos a los temas espaciales y geográficos ha llegado a tal punto que esos advenedizos "se atreven ... a proclamar lo que la mayoría de los geógrafos aún vacilan en

3. Esta afirmación excluye subdisciplinas que le atribuyen a la naturaleza una influencia decisiva en los asuntos sociales, como la sociobiología y diversos tipos de determinismos geográficos cuyas categorías cosificadas y lógica reduccionista dificultan la comprensión y desalientan las acciones transformadoras; paradójicamente, estos puntos de vista sobre la naturaleza pueden tener el efecto de inhibir, por temor a resultar asociados a ellos, intentos alternativos encaminados a integrar a la naturaleza al análisis social. Por otra parte, sin que haya sido mi intención, mi caracterización no le hace justicia a un sustancial conjunto de trabajos que arroja luz sobre la compleja unidad que existe entre la sociedad y la naturaleza (realizado por geógrafos, antropólogos ecologistas, críticas feministas), y que incluye muchos estudios que han nutrido este libro, pero que puedo mencionar sólo de forma parcial en el presente análisis.

hacer explícito: que el espacio y la geografía quizás estén desplazando la primacía del tiempo y la historia como las dimensiones interpretativas especialmente significativas del periodo contemporáneo" (1987: 289).

Si se tiene en cuenta que el complejo conjunto de transformaciones culturales asociado a la posmodernidad conlleva una crisis de los metarrelatos y, por consiguiente, el privilegio de la simultaneidad en detrimento de la secuencialidad, y de la superficie a costa de la profundidad, resulta comprensible que se pueda creer que la "posmodernización de la geografía" conduzca, como sugiere Soja, al desplazamiento del tiempo por parte del espacio. Mientras que los *grand récits* de la modernidad empujaron a la geografía hacia el trasfondo, el *bricolage* de la posmodernidad la hace regresar al centro del escenario. Es muy posible que la geografía esté desempeñando un papel principal en esta coyuntura; pero en la medida en que esta reversión de los papeles preserva los significados comúnmente atribuidos a las categorías espacial y temporal, su protagonismo se ve inhibido por una ansiedad posmoderna relativa a cualquier forma de agencia y a la propia posibilidad del protagonismo histórico.

Por ejemplo, Fredric Jameson considera que el posmodernismo es el "dominante cultural" que expresa la homogeneización del mundo bajo la égida del capitalismo tardío. La expansión del capitalismo coloniza terrenos que habían servido para establecer normas de diferencia y bases para la historicidad. A este respecto, Jameson asigna un papel esencial al Tercer Mundo. Por momentos lo incluye desembozadamente junto al inconciente como parte de la naturaleza: "El capitalismo tardío puede, por tanto, describirse como el momento cuando los últimos vestigios de la Naturaleza que sobrevivieran en el capitalismo clásico, esto es, el Tercer Mundo y el inconciente, resultan al fin eliminados" (1984: 207). En otros escritos lo ubica como una formación precapitalista en el seno de un marco evolucionista convencional (1986; 1988; 1990). En ambos casos, en la medida en que el posmodernismo coloniza el Tercer Mundo, éste deja de funcionar como un *alter ego* en relación con el cual el Primer Mundo puede reconocer su propio avance e historicidad⁴. Sin un afuera (esto es, la naturaleza o el Tercer Mundo) que sirva como fuente de diferencia radical, y con un

4. Sin embargo, para Jameson los textos del Tercer Mundo de alguna forma se mantienen fuera del alcance del posmodernismo. Presumiblemente, dado que como expresión de una cultura de resistencia reflejan una realidad premoderna, aún tienen "una tendencia a recordarnos etapas superadas de nuestro propio desarrollo cultural en el Primer Mundo" (1986: 65). Para una crítica de la concepción de Jameson de la literatura del Tercer Mundo, v. Ahmad (1987).

adentro constituido por la generalización de un espacio posmoderno carente de profundidad, generado por las nuevas tecnologías de la producción y las comunicaciones, el mundo se torna irrepresentable. Como respuesta al mundo opaco e impenetrable que ha disuelto la posibilidad de una opción política radical por parte de sujetos soberanos, Jameson propone una "estética de trazado de mapas cognoscitivos". A la pérdida del sentido de la historicidad asociada con el surgimiento del espacio posmoderno, le corresponde un debilitamiento de la agencia política.

A diferencia de Jameson, Ernesto Laclau celebra las posibilidades políticas abiertas por el posmodernismo, al cual considera un cambio epocal de las condiciones de formación de identidad. En vez de los protagonistas políticos unitarios de la modernidad, cuyos papeles prescritos fueran fijados por los grandes metarrelatos, ahora resulta posible imaginar estrategias políticas múltiples en torno de una plétora de identidades y alianzas constituidas de manera fluida. En un libro sugerentemente titulado *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo* (1990), Laclau apoya su argumentación en un extenso análisis del espacio y el tiempo como principios de organización. Considera el espacio como un campo de repetición, estasis y determinación, por oposición al tiempo, que entiende como el reino de la innovación, el cambio y la libertad. Al conceptualizar la libertad como la ausencia de determinación (obsérvese la afinidad con las definiciones liberales de la libertad como la ausencia de restricciones), Laclau ve la historia como una expresión de libertad y, por tanto, como el reino de la política. El espacio, que es el terreno de la repetición o la estasis, se reduce a una esfera no política de determinación estructural.

Resulta significativo que a pesar de sus divergentes evaluaciones de la posmodernidad, Jameson y Laclau reproduzcan una opinión muy generalizada que considera al tiempo y al espacio como categorías opuestas. Si bien aprecian el nuevo papel del espacio en la cultura posmoderna, preservan su familiar subordinación al tiempo como lugar primario de la agencia en la teoría social. Sin embargo, la nueva valorización del espacio reduce la efectividad de la historia. Liberada de los metarrelatos modernistas y desanudados los lazos que la ataban a condiciones estructurales que la dotaban de un poder trascendental, la historia se asocia ahora a microprocesos de efectos inciertos. Al ubicar la construcción de la historia en situaciones contingentes, se libera a la agencia humana de la determinación estructural, pero también se la hace menos capaz de realizar transformaciones históricas.

Una inclinación posmoderna a divorciar las formaciones culturales de las relaciones sociales, a menudo ha significado que éstas se vieran como textos cuyo significado puede elucidarse mediante análisis textuales, con independencia de las condiciones en las cuales se producen y reciben. En la medida en que la sensibilidad posmoderna conduce a la teorización de la naturaleza y el espacio en estos términos textualizados, el espacio aparece como un *constructo* discursivo vaciado de materialidad. Si la naturaleza y los fenómenos espaciales asociados a ella fueron antes tratados como el escenario material donde los dramas modernistas describían el progreso ineluctable de la historia, ahora son llevados como cuerpos etéreos a un escenario descentrado donde guiones posmodernos ponen en duda la posibilidad de representar la historia y su avance. La naturaleza, desplazada como trasfondo material o desmaterializada como protagonista meramente discursivo, ha eludido estos modos dominantes de análisis social.

Si se conceptualiza desde el inicio a la sociedad y a la naturaleza como distintas pero partes de un todo único, deja de tener sentido tratar a ésta como externa a la sociedad o desestimar la materialidad sensible y significativa del mundo hecho por los seres humanos. Se puede reconocer la naturaleza como un algo dado, un don, y también aceptar que los seres humanos forman parte de ella y al mismo tiempo participan en su transformación, que la ha tornado "segunda naturaleza"⁵. Este reconocimiento permite historizar y no ontologizar la relación entre naturaleza y sociedad. A partir del concepto marxiano de la unidad fundamental entre sociedad y naturaleza, Ollman plantea que ambas están vinculadas por "relaciones internas" y no por una interacción externa; esto es, por la constitución dialéctica de entidades relacionadas y no por la interacción entre entidades separadas (1971: 28)⁶. De modo similar, Schmidt sugiere que, para Marx,

5. Hegel utilizó el concepto de segunda naturaleza para distinguir entre el medio ambiente natural, externo, o primera naturaleza, del medio social pleno de sentido que crean los seres humanos. Según Marx, en las sociedades capitalistas esta segunda naturaleza también aparece como externa a los humanos, dado que estos no controlan las condiciones de su producción. El concepto marxiano del metabolismo entre la sociedad y la naturaleza expresa tanto su unidad fundamental como sus variables diferenciación y separación históricas. Para un análisis del concepto marxiano de naturaleza, v. Schmidt (1971), Smith (1990) y Lippi (1979).

6. Según Bertell Ollman, una filosofía de las "relaciones internas" no solo supone que las relaciones son internas a las cosas, sino que las cosas son inherentemente relacionales. "Nadie negaría que las cosas aparecen y funcionan como lo hacen debido a sus lazos espacio-temporales con otras cosas, incluido el hombre en tanto ser con necesidades físicas y sociales", dice Ollman. Y añade: "Concebir las cosas como relaciones equivale simplemente a interiorizar esta interdependencia... en la cosa misma" (1971: 28).

"mientras que los procesos naturales independientes de los hombres son en lo esencial transformaciones de materia y energía, la producción humana misma no escapa de la esfera de la naturaleza", porque los seres humanos son una parte de la naturaleza cuya naturaleza humana se transforma mediante su actuación sobre la naturaleza externa. Como resultado de esta "interacción metabólica", que fue la manera de Marx de referirse a este intercambio entre la sociedad y la naturaleza, "la naturaleza se humaniza y los seres humanos se naturalizan" (1971: 78-79).

Esta perspectiva unificadora también puede emplearse para el estudio del espacio y el tiempo. Lo que Soja llama "la reafirmación del espacio y la geografía en la teoría social crítica" (este es el subtítulo de su libro de 1989) podría entonces entenderse como la oportunidad no para instalar el espacio y la geografía en el lugar del tiempo y de la historia como "las dimensiones interpretativas especialmente significativas del periodo contemporáneo", sino para reevaluar el significado de estas categorías polarizadas. El tiempo ocupa el espacio, y el espacio se despliega en el tiempo; como "medios" recíprocos comparten una fundamental unidad en la diferencia⁷. Doreen Massey apunta que el asunto no consiste en

argumentar a favor de una reconsideración del estatus del espacio en los términos del viejo dualismo (proyecto que, de cualquier manera, se puede argüir que es consustancialmente arduo, dados los términos de dicho dualismo), sino en plantear que lo que hay que superar es la formulación misma del espacio/tiempo en términos de este tipo de dicotomía (1992: 75).

Esta oposición dualista está siendo criticada desde distintas disciplinas académicas y movimientos intelectuales. La propia reconceptualización de Massey integra de modo creativo los hallazgos de la geografía radical, la teoría feminista y la física moderna. Supone tres consideraciones. La primera, la necesidad de desarrollar una concepción alternativa de la sociedad como entidad tetradimensional, y no "como una especie de corte tridimensional (e, incluso, más a menudo bidimensional) que se mueve a lo largo del tiempo" (1992: 79). La segunda, la necesidad de conceptualizar el espacio como algo "construido sobre la base de interrelaciones, como la coexistencia simultánea de interrelaciones e interacciones en todas las

escalas espaciales, desde el nivel más local hasta el más global" (1992: 80). No hay que entender el tiempo como una dimensión absoluta, sino como una forma de relacionalidad, como simultaneidad, como "un momento en la intersección de relaciones sociales configuradas" (1992: 81). La tercera, la necesidad de pensar el espacio como ordenado y caótico a la vez y, por tanto, de trascender dicotomías que han servido, como en la obra de Laclau, para tratar la espacialidad como "una estructura que establece la naturaleza positiva de todos sus términos" (1990: 69). El espacio, ya no restringido al dominio estructurado del orden, puede terminar su injustificable exilio de la política. Se puede ver la libertad de modo sustantivo en lugar de identificarla formalmente con la acción irrestricta e inmaculada.

Obra pionera de Henry Lefebvre, *La production de l'espace* ([1974] 1991), ha sentado las bases para pensar el espacio en términos que integran su significación socialmente construida con sus propiedades formales y materiales. A diferencia de los teóricos que interpretan la construcción social del espacio como una licencia para separar la sociedad de la naturaleza, Lefebvre la entiende como parte del desafío de examinar cómo la naturaleza participa en la construcción social del espacio. Su triada de "práctica espacial, representaciones del espacio y espacios representacionales" constituye un marco útil para investigar cómo se han producido históricamente las múltiples formas de percibir, concebir y vivir el espacio y de otorgarles significación cultural. Para Lefebvre, los seres humanos, ubicados en la naturaleza y utilizando los materiales que ella provee, construyen el espacio, pero no como una cosa, como "se produce un kilogramo de azúcar o una yarda de tela". Los espacios se producen a partir de relaciones sociales y de la naturaleza, que constituyen su "materia prima" (1974: 84). Son tanto el producto como la condición de posibilidad de las relaciones sociales. Como relación social, el espacio también supone una relación natural, una relación entre la sociedad y la naturaleza mediante la cual la sociedad se produce a sí misma al apropiarse de la naturaleza y transformarla. "¿Es el espacio una relación social?", se pregunta Lefebvre. Su respuesta enfatiza el papel del poder en la producción social del espacio: "Sin duda, pero es una relación social inherente a las relaciones de propiedad (en especial la propiedad de la tierra), y también está estrechamente vinculada con las fuerzas productivas (que le imponen una forma a esa tierra)" (1974: 85). Si bien los efectos de la naturaleza dependen necesariamente de sus propiedades físicas, esas propiedades siempre se construyen culturalmente mediante interacciones sociales que tienen lugar en campos

7. Gregory y Urri utilizan la idea de "medio" en relación con el espacio: "La estructura espacial se considera ahora no solo como el escenario en el cual se despliega la vida social, sino como el medio a través del cual se producen y reproducen las relaciones sociales" (1985: 3).

de poder. Como veremos, esta perspectiva crítica –perfeccionada por estudiosas feministas y geógrafos radicales– ha nutrido mi análisis de la relación entre el Estado y la economía petrolera de Venezuela.

La naturaleza del Tercer Mundo

Es evidente que todas las naciones se ubican en el espacio y se constituyen mediante relaciones específicas con el mundo natural. Sin embargo, la relación de las naciones con la naturaleza cobra una particular significación en los países que dependen de la producción de productos primarios, mercancías cuya ventaja comparativa en el mercado internacional por lo general se deriva de una combinación de factores naturales y trabajo barato, y no de una productividad social mayor. En la mayoría de las naciones neocoloniales estos productos son agrícolas o minerales; excepto en el caso de la minería de capital intensivo, su producción usualmente supone un uso abundante de trabajo. Por esta razón, es probable que el trabajo barato continúe siendo en el futuro una importante ventaja comparativa de las economías del Tercer Mundo. No obstante, dado el poder del capital para sustituir por máquinas el trabajo humano, y el desarrollo de una economía informal en sociedades metropolitanas sobre la base del trabajo barato de nacionales e inmigrantes, son las cualidades especiales de los recursos naturales del Tercer Mundo, y no su trabajo barato, las que, en última instancia, le garantizan a la región como un todo un papel en la división internacional del trabajo⁸.

Sin embargo, incluso esta base natural no es estable. Según Alexander Kouznetsov, funcionario de asuntos económicos de la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo (Cnucd), hay evidencias que indican la existencia de “una dimensión generalmente desatendida de cambio estructural a largo plazo que puede caracterizarse como la ‘desmaterialización’ de la producción, esto es, una reducción de la demanda de productos de las industrias de materias primas intensivas en los países industrializados y una disminución de la intensidad del uso de materias

8. La industria del turismo confirma la dependencia del Tercer Mundo con respecto a la “naturaleza”. Mientras que el turismo en el Primer Mundo supone el consumo de ambientes y productos culturales creados por los seres humanos, en el Tercer Mundo depende mucho del consumo de ambientes naturales mínimamente modificados para proporcionar las comodidades adecuadas a quienes desean experimentar la “naturaleza”, lejos de la “civilización”.

primas en los sectores industriales ya existentes” (1988: 70). Esta “desmaterialización de la producción” afectará en particular, según Kouznetsov, “a la mayoría de los países en vías de desarrollo, los cuales dependen de su capacidad de explotar y comercializar sus recursos naturales, que representan la parte principal de su potencial de exportación y a menudo son su única fuente confiable de obtención de divisas” (1988: 67)⁹.

La división internacional del trabajo es también una división global de la naturaleza, no solo una división social del trabajo. “La tierra, los recursos del subsuelo, el aire y la luz que bañan la tierra” –apunta Lefebvre– “son todos parte de las fuerzas productivas y de los productos de esas fuerzas”. La división del trabajo, por tanto, “afecta a todo el espacio, no solo al ‘espacio de trabajo’, no solo a la fábrica” (1991: 347). Lo que puede llamarse la división internacional de la naturaleza constituye la base material de la división internacional del trabajo: son dos dimensiones de un proceso unitario. Centrar la mirada de manera exclusiva en el trabajo vela el hecho ineludible de que el trabajo siempre se ubica en el espacio, que transforma la naturaleza en ubicaciones específicas, y, por tanto, que su estructura mundial supone también una división global de la naturaleza.

Una vez que se incorpora la naturaleza al análisis social, no se puede seguir abstrayendo la organización del trabajo de su base material. El motor de la expansión mundial del capitalismo y la creación de un mercado global de mercancías ha sido el esfuerzo promovido por el afán de lucro para controlar, además del trabajo barato, la tecnología y los mercados, a la naturaleza. La noción abstracta del “mundo de las mercancías”, señala Lefebvre, “no puede concebirse separada del mercado mundial, el cual se define territorialmente (en términos de flujos y redes) y políticamente (en términos de centros y periferias)” (1991: 350). La construcción del Primer y del Tercer Mundo como categorías regionales tiene su premisa en una distinción entre zonas donde el capitalismo se desarrolla mediante el fomento de nuevas tecnologías y productos, y regiones donde “penetra” y se expande mediante el control del trabajo, los mercados y la naturaleza. Si bien esta taxonomía esquemática enmascara las complejas interacciones históricas mediante las cuales el Primer y el Tercer Mundo se han formado

9. Para un análisis más amplio del papel de las materias primas en estructuras productivas en evolución, v. *Materials Technology and Development*, el quinto número del *Bulletin for the Advanced Technology Alert System*, publicado por las Naciones Unidas.

mutuamente, lo cierto es que refleja el papel asignado a la periferia como fuente de trabajo y materias primas baratos.

Si, como proponen los geógrafos radicales, la geografía importa, es en buena medida porque hace importar a la materia misma. Dado que la significación de la naturaleza siempre se constituye históricamente, la sustancial de reconocer la importancia de la geografía, en mi opinión, no consiste en desplazar a la historia, sino en integrar perspectivas históricas y geográficas. Como he señalado, una perspectiva sintética resulta especialmente relevante para examinar sociedades en el Tercer Mundo, región constituida mediante formas cambiantes de control colonial e imperial de sus poblaciones y recursos naturales. Es mediante el desarrollo de esta perspectiva que intento entender cómo se tornó importante el petróleo en la transformación que hizo de Venezuela un Estado petrolero. Esta transfiguración, lejos de ser un proceso local, se realizó mediante vínculos que relacionaban y transformaban a la nación y al mundo en el proceso de producción de riqueza.

La riqueza de las naciones: productos naturales, productos sociales

Los productos de la tierra —es decir, todo lo que se obtiene de su superficie mediante la aplicación conjunta de trabajo, maquinarias y capital— se divide en tres clases presentes en la sociedad, a saber, la propiedad de la tierra, la propiedad de las reservas o el capital necesario para su cultivo, y los trabajadores mediante cuya industria se cultiva la tierra. Pero en los diferentes estadios de la sociedad, la proporción del producto total de la tierra que se asigna a cada una de estas tres clases, bajo los nombres de renta, ganancia y salarios, ha sido esencialmente diferente; y esa proporción ha dependido fundamentalmente de la fertilidad, de la acumulación de capital y de la población y las habilidades, la ingeniosidad y los instrumentos empleados en la agricultura. Determinar las leyes que regulan esta distribución es el problema principal de la Economía Política. David Ricardo

En el mundo occidental, la compleja transformación social asociada al surgimiento de la modernidad ha llevado a una redefinición radical de la relación entre sociedad y naturaleza. La reorganización del trabajo estimulada por lo que Weber denominó de modo ambivalente “la búsqueda racional de la ganancia” ha planteado un número de cuestiones, entre las cuales ha sido central, para usar palabras de Smith, la “causa y la naturaleza de la riqueza de las naciones”. El gran logro de la economía política clásica fue ubicar el trabajo en un lugar central del debate sobre el tema. Mientras que el mercantilismo había visto la fuente del valor en el comer-

cio, y los fisiócratas en la tierra agrícola, los economistas políticos clásicos la ubicaron en el trabajo productivo. De esta forma distinguieron entre las riquezas naturales (dones invariables) y el trabajo (fuerza creadora de valor). Para ellos, si bien la riqueza de las naciones es resultado de la combinación entre naturaleza y trabajo, solo el trabajo productivo puede ampliar su magnitud.

Adam Smith fue el primero en plantearlo en esta forma, y Ricardo y Marx desarrollaron la idea. Sin embargo, la noción de la centralidad del trabajo se generalizó de manera tan inmediata que Marx, en su época, tuvo que recordarles a sus seguidores que la riqueza no es solo el resultado del valor socialmente creado, sino también de la “riqueza material” disponible en la naturaleza; o, como también dijo siguiendo a William Petty, el trabajo es el “padre” y la tierra la “madre” del valor (1967: 43). Aun así, los seguidores de la teoría del valor basada en el trabajo han tendido a centrar su atención en la extracción de plusvalía, sea en el nivel nacional o en el internacional, y a desatender el papel de la naturaleza en la creación de riqueza. Esa poca atención prestada a la naturaleza también caracteriza la obra de los economistas neoclásicos, para los cuales los recursos naturales no merecen un tratamiento especial, porque se convierten simplemente en mercancías en un mercado de bienes cuyo valor está determinado por las orientaciones subjetivas de los actores económicos mediante la oferta y la demanda.

Empleando la teoría del valor basada en el trabajo, algunos estudiosos han producido análisis críticos para explicar la falta de desarrollo de la periferia en términos de la explotación del trabajo. Las teorías del desarrollo desigual plantean que los bienes producidos en la periferia tienen un componente mayor de trabajo incorporado que los bienes que se obtienen a cambio de ellos. Al partir de esta posición, así como del hecho de que la naturaleza no desempeña ningún papel en la creación de valor, resulta comprensible que los teóricos más preocupados por el análisis de la desigualdad internacional hayan descuidado el papel de los recursos naturales en la organización y la reproducción de las sociedades periféricas.

Como la producción de mercancías en la periferia generalmente se organiza alrededor de la explotación no solo del trabajo, sino también de los recursos naturales, entiendo que el estudio del neocolonialismo requiere que no sigamos concentrándonos en el flujo desigual de valor y que fijemos la mirada en la estructura desigual de la producción internacional. Este enfoque coloca en el centro del análisis la relación entre la producción de

valor social y la riqueza natural. El propósito de llamar la atención hacia la producción como un proceso holístico es examinar el conjunto de las relaciones y entendidos sociales formados mediante la mercantilización mutua de la fuerza de trabajo y de los recursos naturales, en vez de estudiar los recursos naturales uno a uno, como mercancías (como hace la economía neoclásica) o concentrarse exclusivamente en la transferencia de valor (a la manera de la teoría del intercambio desigual).

En sociedades donde los ingresos provienen principalmente de la mercantilización del trabajo, la creación de valor es al mismo tiempo el principal objetivo de la producción y el principio subyacente de la organización económica. En sociedades donde los ingresos dependen de la mercantilización de la naturaleza, la captura de la renta condiciona la organización de las actividades económicas. En un caso, la estructura productiva tiene que transformarse constantemente para aumentar la productividad y las ganancias; en el otro, hay que maximizar las rentas y garantizar el acceso a su distribución mediante una variedad de medios políticos. Es obvio que la mercantilización de la naturaleza y del trabajo dependen una de la otra. La razón de esta distinción esquemática es ayudarnos a diferenciar tendencias dominantes en diferentes órdenes sociales. Si bien en cualquier sociedad específica los elementos que contraste aquí están difuminados, lo que trato de demostrar es que el Primer y el Tercer Mundo tienden a polarizarse en términos de estos modos de producir y distribuir la riqueza. Esa diferencia tiene profundas consecuencias políticas y culturales que ameritan una mayor investigación.

Más allá de las apariencias

"La riqueza de las sociedades en las que domina el modo de producción capitalista se presenta como un 'enorme cúmulo de mercancías'" (Marx 1975-1981: 43). Con esta simple observación Marx abrió su análisis clásico de la sociedad capitalista. Críticos y seguidores han discutido sobre los hallazgos y el método de Marx, pero han tendido a compartir las dos premisas implícitas en esta posición inicial: la concepción de la nación como la unidad fundamental de análisis y de que la riqueza nacional se expresa mediante las mercancías. Si bien esta perspectiva ha resultado útil para el estudio de las naciones ubicadas en el centro del sistema capitalista internacional, ha velado consistentemente la comprensión de las sociedades ubicadas en la periferia.

El capitalismo no solo se ha desarrollado al interior de las naciones, sino también entre ellas. Sin embargo, la identificación de la sociedad con la nación y el entendimiento de la nación como una unidad contenida en sí misma, a menudo conduce a la interpretación de los fenómenos económicos internacionales como proyecciones externas de la dinámica endógena de las naciones más avanzadas. Como ha señalado un crítico de esta posición:

La tendencia ha sido tomar la economía nacional –el sistema capitalista desarrollado, monopolista, en el cual el modo de producción capitalista es universal, donde el desarrollo y la socialización de los medios de producción ha avanzado más, donde el dominio y el movimiento del capital resulta más claro– y entonces analizar las fuerzas que se proyectan hacia fuera de este sistema hacia el mundo externo (Radice 1975: 18).

Como sugiere esa afirmación, por lo general se estudian las naciones capitalistas avanzadas como unidades autónomas, mientras que las sociedades periféricas se analizan en términos del impacto que tienen sobre ellas las naciones centrales. Una posición alternativa sostiene que la dinámica del "sistema-mundo" explica el desarrollo de las naciones (Wallerstein 1976). Esta última posición no centra su mirada en las naciones dominantes, sino en el sistema internacional, pero corre el riesgo de preservar la idea de que las naciones periféricas se conforman a partir de fuerzas sistémicas externas. Incluso cuando se hace un esfuerzo explícito por dar cuenta de las historias de pueblos no europeos, y por observar la interacción entre naciones metropolitanas en expansión y sociedades periféricas, la tendencia es la de cobijar a estas naciones bajo el manto del capitalismo, y entender al capitalismo como una fuerza externa¹⁰.

Para hacer justicia a Marx, hay que decir que el análisis de una economía cerrada en *El capital* es una premisa simplificadora cuyo objetivo consiste en aclarar la lógica de la acumulación capitalista. Pero como en esa obra los vínculos entre la economía nacional y el sistema internacional –forjados mediante la acumulación primitiva, el colonialismo, el comercio mundial, la inversión extranjera y la banca internacional– se sugieren pero no se desarrollan, esta premisa de trabajo ha reforzado la tendencia a considerar la economía nacional como si fuera en realidad un sistema independiente. Al hacer en buena medida una abstracción de las condiciones externas, el modelo de Marx hace que la atención se dirija a la dinámica interna de la

10. Mediante el análisis de obras de Wolf (1982), Mintz (1985), Taussig (1980) y Mitchell (1988), entre otros, he planteado que el desarrollo del capitalismo en la periferia tiende a ser visto como una fuerza "externa" que se origina en los centros metropolitanos (1996).

sociedad capitalista, concebida como unidad nacional. Es una sociedad impulsada por la constante expansión del valor, que resulta de la transformación del trabajo en fuerza de trabajo cada vez más productiva en el

conduce a la formación de un sistema productivo de creciente especialización y diferenciación, y a la producción en constante expansión de una variedad de mercancías en aumento. Para Marx las mercancías son el producto de la totalidad de la fuerza productiva de una sociedad y también factores en la organización de su sistema productivo. Como prendas simbólicas de la fuerza productiva de una sociedad, forman un sistema de significación mediante el cual se representa el valor interno; en este sentido son mercancías "nacionales". Es desde esta perspectiva que la riqueza de la sociedad capitalista se presenta como "un enorme cúmulo de mercancías".

Pero la preocupación de Marx no consistía solo en indagar acerca de los medios de representación de la riqueza, sino en investigar sobre los fines de la representación; esto es, no solo cómo, sino por qué la representación del valor asume la forma que asume en la sociedad capitalista. Compartía con Smith y Ricardo la opinión de que la riqueza de las naciones depende de la organización productiva del trabajo. Llamó a Adam Smith "el Lutero de la economía política" por haber demolido los fetiches de la economía vulgar: las ideas de que la tierra, el dinero o el comercio eran en sí mismos los orígenes de la riqueza. Pero Marx dio un paso más. Mostró cómo surge el fetichismo del funcionamiento de la sociedad capitalista, y reveló el vínculo entre el modo de producir y la forma de representar el valor.

En su opinión, la sociedad capitalista genera un conjunto de creencias ilusorias sobre sí misma que son componentes esenciales de las relaciones capitalistas. Esas creencias son reales en el sentido de que participan en la construcción social de la realidad y brindan una racionalidad para el comportamiento económico que representa fielmente la experiencia subjetiva conformada en un sistema dado de relaciones sociales. Pero son también engañosas, porque representan de modo distorsionado los procesos fundamentales de la creación y la distribución de valor en la sociedad capitalista; no muestran que estos tienen su origen en la dinámica reproductiva de la vida social. El fetichismo es el complejo proceso de representación mediante el cual los objetos aparecen como la fuente de poderes que el trabajo humano inscribe en ellos.

Lo que se oculta, sugiere la obra de Marx, determina no solo lo que se representa, sino la propia naturaleza de la representación. El intercambio en

la esfera de la circulación, regido por ideas de equivalencia, esconde la creación de valor en la esfera de la producción, estructurada en términos de relaciones de desigualdad. En el escenario del mercado, la apariencia de un intercambio equivalente de salarios por fuerza de trabajo, oculta la creación de plusvalía mediante la fuerza de trabajo no retribuida en el terreno de la producción. De esa forma, el intercambio en la sociedad capitalista genera la ilusión de que el trabajo, el capital y la tierra crean los salarios, las ganancias y las rentas respectivamente, y que cada una de esas formas de ingreso es una justa compensación de su factor de producción correspondiente. Por este proceso de representación, la aparente equivalencia del intercambio oculta la desigualdad en la producción. Sobre esta ilusión se sustenta la legitimidad del capitalismo.

La riqueza de las naciones pobres

Cuando este modelo clásico se traspone del centro a la periferia del sistema capitalista, la premisa simplificadora de Marx —la de que la nación constituye una unidad— mistifica más de lo que ilumina. Porque lo que tipifica las economías de las sociedades periféricas, si es que tal generalización es posible, es que no forman sistemas internos integrados y que están conectadas con el mercado mundial mediante la exportación de productos primarios. Ciertamente que ninguna economía nacional constituye un sistema autosuficiente en sentido absoluto. Pero las naciones capitalistas avanzadas cuentan con estructuras productivas diversificadas, que otorgan un cierto grado de coherencia interna y les permiten a sus Estados y clases dominantes ejercer un control relativo sobre sus decisiones económicas internas. Por el contrario, las sociedades periféricas tienden a estar vinculadas al mercado mundial mediante la exportación de uno o unos pocos productos primarios y la importación masiva no solo de capital y bienes intermedios, sino también de un vasto repertorio de bienes de consumo. Los precios de sus productos primarios, que dependen de factores naturales cambiantes, tienden a sufrir muchas variaciones y están sujetos a la competencia de otras regiones del Tercer Mundo y a la creciente productividad del centro, así como a la sustitución por productos de fabricación humana. Las estructuras productivas nacionales en la periferia —que a menudo combinan y rearticulan relaciones precapitalistas y capitalistas— dependen de las importaciones para alcanzar una coherencia interna. Los productos primarios de exportación tienen

menos importancia como bienes concretos –como valores de uso– que como medios para obtener divisas en el mercado internacional –como valores de cambio–. Una proporción significativa de las divisas que el país obtiene a partir de esos productos se destina a importar los bienes extranjeros que se tornan cada vez más vitales para la reproducción de las sociedades del Tercer Mundo. Esta dependencia con respecto a los productos manufacturados de importación mantiene la fragmentación de la economía local y la necesidad de integrar las esferas nacional e internacional.

Para estas naciones, las exportaciones de productos primarios son principalmente una fuente de divisas. El valor de los productos nacionales y de la moneda nacional, que representa la capacidad productiva local, se mide en términos del sistema internacional de producción e intercambio; su valor monetario expresa, en forma cristalizada, la intersección de lo nacional y lo global. ¿Se representa la riqueza de estas naciones como “un enorme cúmulo de mercancías”? En el caso de sociedades organizadas en torno de la captura de renta o en las cuales la renta desempeña un papel importante, una trasposición mecánica de la observación de Marx resulta errada.

En estas sociedades no existe un “cúmulo de mercancías” homogéneo. El mundo de las mercancías está fragmentado, y esa fragmentación refleja y refuerza la desarticulación de las economías en las cuales la renta desempeña un papel clave. Las mercancías que circulan nacionalmente no son solo el producto de naciones diferentes, sino de órdenes culturales distintos, y llevan en sí la huella de esta diferencia. Las mercancías importadas procedentes de los centros metropolitanos representan los órdenes culturales de esas naciones. El cúmulo de mercancías importadas, a diferencia del número limitado de mercancías producidas nacionalmente, se convierte en el vehículo privilegiado para representar la riqueza. Pero estas mercancías importadas no son simples representaciones de riqueza, porque encarnan la organización productiva de otras sociedades y, en consecuencia, su lugar en una jerarquía de desarrollo cultural. Mediante el comercio se establece una aparente equivalencia entre el valor de las mercancías de sociedades diferentes. Pero esta equivalencia formal no oculta, sino que, por el contrario, subraya la desigualdad entre los órdenes productivo y cultural de las sociedades metropolitanas y periféricas.

La creciente globalización de la producción metropolitana hace menos evidente la diferencia. Si bien muchos productos, como indican sus etiquetas, se fabrican actualmente en lugares del Tercer Mundo, son empresas transnacionales metropolitanas las que controlan su producción. Bajo la

impresión superficial de que la producción se dispersa por el mundo, se esconde la realidad de una creciente concentración del capital y de un aumento de la polarización de las estructuras productivas globales (Mandel 1978; Palloix 1978; Sassen 1991). Diversos procesos, que incluyen la internacionalización del capital del Tercer Mundo y el surgimiento de empresas que traspasan las fronteras geográficas –empresas verdaderamente transnacionales que carecen de patria nacional (Miyoshi 1993)– difuminan los límites geográficos basados en los continentes que definen el modelo centro/periferia. Al mismo tiempo que el Primer Mundo ha generado un Tercer Mundo en su seno, el Tercer Mundo ha producido sus propios enclaves de Primer Mundo.

De esta forma, en las sociedades del Tercer Mundo las mercancías se han tornado símbolos con una carga profunda, cosas sociales que portan, inscrita en sí mismas, su vida global¹¹. Los bienes importados son, al mismo tiempo, la evidencia tangible de la capacidad de importación nacional y, por tanto, de la riqueza local, y recordatorios ineludibles de la incapacidad local para producirlos. Los productos primarios de exportación, cuando resultan reducidos a meros intermediarios, aparecen estrictamente como contraparte material de las tentadoras mercancías metropolitanas, y representan a un mismo tiempo el nivel de desarrollo productivo local y la estrechez de su especialización. Las mercancías expresan jerarquías entre las culturas, no solo magnitudes de valor. En la búsqueda de las divisas, las fuerzas productivas internas se canalizan hacia la producción de una o dos mercancías, como azúcar, bananos, café, caucho, oro, cobre y petróleo. Estas mercancías señalan el lugar de los exportadores de productos primarios en la división internacional del trabajo y definen, en grado significativo, su identidad nacional, al endilgarles, por ejemplo, la etiqueta de naciones petroleras, repúblicas bananeras o sociedades de plantación, o –en sentido más lato– de naciones subdesarrolladas o atrasadas.

El comercio internacional parece establecer una relación de equivalencia entre las mercancías y la capacidad productiva de las diferentes socie-

11. Para un agudo análisis de algunas de las cuestiones teóricas implicadas en el examen de la “vida social de las cosas”, v. Appadurai (1988), así como la crítica de Ferguson (1988). Para un estudio de las mercancías y el intercambio en un contexto colonial, v. Thomas (1991). Haug realizó un análisis pionero de la cultura de las mercancías en las condiciones del capitalismo (1986). El *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*, de Fernando Ortiz es un análisis clásico de la “vida social” de los dos principales productos agrícolas de la sociedad cubana (1995).

dades. Para los teóricos que trabajan en el marco de las premisas del intercambio desigual, los precios (como expresión de las fuerzas de mercado) tendrían que corresponder a valores (como la objetivación de fuerza de

reales en la esfera de la producción. Pero los precios del mercado internacional se ven especialmente afectados por el rejuego de factores políticos y naturales, lo que hace que se desvíen notablemente de los valores.

¿Qué es, entonces, lo que hace competitivos en el mercado mundial a los productos primarios de exportación, y cómo es que se convierten en fuente de divisas? A pesar de sus considerables diferencias, los exportadores de productos primarios comparten una suerte común: la competitividad internacional de sus productos de exportación está determinada por el grado en el cual el sector de exportación dispone de trabajo barato o de una ventaja natural. Esta última puede consistir en tierra especialmente apropiada para el producto, presencia de bienes naturales escasos o exclusivos, ubicación cercana a ciertos mercados, o abundancia de recursos minerales. En términos históricos, cuando ha sido la fuente de una ventaja comparativa en el comercio, el trabajo barato ha tendido a reflejar la persistencia de relaciones no mercantiles, que abaratan su costo de reproducción, y no la generalización local de relaciones capitalistas de producción. El trabajo barato también indica la existencia de control político sobre los trabajadores, lo que reduce la expansión, movilidad y autonomía del trabajo libre.

No obstante, a medida que la competencia capitalista ha uniformado los procesos laborales en todo el mundo, el trabajo barato se ha convertido en un factor crucial en la manufactura. Esto se evidencia sobre todo en el caso de plataformas de exportaciones como Hong Kong, Singapur, Corea del Sur y Taiwán¹². Según Mandel, la importancia relativa de la manufactura de mano de obra intensiva no disminuye en el capitalismo tardío en beneficio de las industrias de capital intensivo, pero estas últimas, como tendencia, no se trasladan a la periferia (1978: 364-376). El surgimiento de una vasta "economía informal" en el corazón de las naciones muy desarrolladas ha

12. Algunas de estas naciones han logrado desarrollar vinculaciones hacia atrás (*backward linkages*) y estructuras industriales integradas. Según Gereffi y Hempel, la clave del éxito de los países recientemente industrializados de Asia oriental reside en que utilizaron la protección del Estado para transformar una industrialización orientada a las exportaciones en un medio para mejorar y desarrollar empresas productivas internas. El mecanismo fundamental para lograrlo ha sido un tipo de manufactura por contrato (*original equipment manufacturing, OEM*) en la cual existe una clara separación entre el productor real y el proveedor de las especificaciones del producto y el mercadeo (1996).

constituido un acontecimiento inesperado. Refleja no solo la presencia de trabajadores inmigrantes, sino también las condiciones estructurales que conducen a la formación y expansión de procesos de mano de obra una gran proporción de los insumos que emplea la "economía formal" (Sassen 1993). De esta forma, como han señalado muchos comentaristas, el Tercer Mundo ha crecido dentro de los límites del Primer Mundo; e incluso un autor, en el título de su libro, ha llegado a bautizar a Los Ángeles como capital del Tercer Mundo (Rieff 1991).

En el caso de muchos bienes primarios de exportación, los mismos procesos mundiales que uniforman la producción internacional subrayan la importancia de los factores naturales en la creación de una ventaja comparativa para el comercio. Ello indica que la competitividad de estos productos se debe a una mezcla de factores sociales y naturales. Hacia 1965, solo 4.000 millones de un total de 40.000 millones de dólares de las exportaciones del Tercer Mundo eran productos industriales. A pesar de una significativa ampliación de la producción industrial del Tercer Mundo, las materias primas muy poco transformadas y los productos agrícolas siguen siendo las exportaciones fundamentales de la mayoría de las naciones periféricas (*Pearson Report*, cit. por Mandel 1978: 370). Las tendencias de la producción agregada por nación o región no revelan las transformaciones de la estructura productiva, que están teniendo lugar a escala planetaria como respuesta a la globalización de la producción bajo el control de un número relativamente reducido de empresas transnacionales. Si bien existen evidencias de un crecimiento significativo de la manufactura en ciertos enclaves del Tercer Mundo, también es obvio que las naciones industrializadas —fundamentalmente a través de empresas transnacionales aún "ubicadas" en sus respectivos países de origen— mantienen un dominio global tanto en lo que se refiere a tecnologías productivas como en lo que atañe a la propia producción. El Tercer Mundo, donde vive 80% de la población mundial, representa solo 20% de la producción global. Los productos primarios representan casi la mitad de las exportaciones del Tercer Mundo, pero solo una cuarta parte del comercio internacional de EEUU (ECLA 1995: 219-234).

El trabajo barato ha sido siempre un punto focal para analizar a las naciones del Tercer Mundo. Encendidos debates han tenido su centro en el papel que desempeña en el intercambio desigual y en la reproducción de una división internacional del trabajo que obstruye el desarrollo equilibrado de la periferia. Por el contrario, los recursos naturales siguen siendo hasta el día de hoy una dimensión muy desatendida y sobre la que se ha

teorizado poco al estudiar las relaciones centro/periferia. La concentración en el tema del trabajo barato ha sido resultado, en parte, de reacciones comprensibles contra interpretaciones reduccionistas que atribuyen el subdesarrollo económico a factores culturales o psicológicos. El énfasis en los costos del trabajo ha hecho que la atención se dirija a la manera de estructurar los procesos productivos a escala global.

Este interés en las relaciones productivas ha sido también la base de una crítica de la teoría imperante sobre el comercio internacional. El principio fundamental de la teoría neoclásica del intercambio, la ley de los costos comparativos de Ricardo, plantea que con el tiempo todas las naciones se benefician del comercio. Igual que en el mundo sin fisuras de Adam Smith, la búsqueda del interés individual conduce al bienestar colectivo, en el universo uniforme de la economía neoclásica el libre comercio entre las naciones las beneficia a todas. En ese mundo de "armonías universales", como ha señalado un crítico, "ninguna nación tiene que temer al libre comercio, porque éste humilla a los poderosos y alza a los débiles. Algo parecido a Dios, sólo que un poquito más confiable" (Shaikh 1979b: 29).

Los datos empíricos que revelan la creciente desigualdad entre las naciones a lo largo del siglo xx han alentado el estudio de la interacción entre el comercio y la producción internacionales. En los años 50, Raúl Prebisch se interesó por "el deterioro de los términos del intercambio" que afectaba a los exportadores de productos primarios. Paul Baran realizó un análisis pionero de los mecanismos internacionales de inversión y extracción de la plusvalía (1957). Durante una década en la que la economía política ocupaba un lugar central en el análisis social, Arghiri Emmanuel (1972), Samir Amin (1974) y Ernest Mandel (1978) examinaron los mecanismos comerciales del intercambio desigual. Pese a sus significativas diferencias, esos tres autores comparten la opinión de que el subdesarrollo es el resultado de un constante drenaje de plusvalía que va de la periferia al centro. Esta premisa común los conduce a centrar su atención en esa transferencia. Aunque no están de acuerdo sobre el mecanismo en particular, su línea de pensamiento básica es que el subdesarrollo tiene sus raíces en el intercambio desigual, que consiste en una significativa falta de correspondencia entre precios y valores; la apariencia de intercambio equivalente en el nivel de los precios oculta una asimetría en el nivel de los valores. Como dijera Mandel: "Unos valores internacionales se intercambian por valores internacionales iguales. ¿Dónde se oculta, entonces, el 'intercambio desigual' en esta equivalencia? Se encuentra en el hecho de que estos valores internacionales iguales representan cantidades desigua-

les de trabajo" (1978: 359). Esto es, "mediante el intercambio, los países avanzados se apropian de más cantidad de trabajo de la que generan en la producción" (Weeks 1983: 500).

Hay que reconocer que estos autores también analizan los rasgos específicos de las estructuras sociales de las sociedades del Tercer Mundo, y no solo el valor que fluye de ellas. Amin distingue entre las economías integradas "autocéntricas" del centro y las "extrovertidas" de la periferia. Mandel critica a Emmanuel por subrayar el costo del trabajo asalariado y excluir el análisis de su productividad. Para aquél, "el problema del intercambio desigual se remite, en última instancia, al problema de las diferentes estructuras sociales de los países subdesarrollados" (1978: 365). Pero como ocurre con frecuencia en el análisis social, los factores últimos a menudo se convierten en principios explicativos, y no en problemas que también requieren una explicación. Las estructuras subdesarrolladas se tornan explicaciones tautológicas del subdesarrollo.

A pesar de sus diferencias, estos críticos centran su análisis en la transferencia de valor porque comparten una premisa común. Critican las propuestas de la teoría del comercio ortodoxa, no su base en la ley de los costos comparativos (la cual plantea que el comercio que dimana de la ventaja comparativa de cada nación las beneficia a todas). A partir de la teoría del valor de Marx, Shaikh ha demostrado cómo el libre comercio conduce, por el contrario, a la ventaja absoluta de la economía más fuerte (1979a; 1979b; 1980). Desde esta perspectiva, el desarrollo desigual se convierte en consecuencia del comercio libre. "En vez de anular el desarrollo desigual, se muestra que el comercio libre lo acentúa. En vez de cerrar la brecha entre países ricos y pobres, se ve cómo la inversión directa refuerza el estrangulamiento de los débiles por los fuertes" (Shaikh 1979b: 57).

La concepción de Shaikh sobre la naturaleza del subdesarrollo me parece especialmente sugerente. Según este autor, el asunto esencial no es el flujo de valor que mana de la periferia hacia el centro, sino el desarrollo desigual de las estructuras productivas mundiales debido a la competencia internacional. Por tanto, Shaikh critica a los autores que consideran que el subdesarrollo es producto de la transferencia de valor de las regiones subdesarrolladas del mundo capitalista hacia las desarrolladas. "Por el contrario", señala, "como el desarrollo desigual a escala mundial es consecuencia directa del propio libre comercio, estas transferencias de valor y las teorías del intercambio desigual que se sustentan en ellas emergen como fenómenos secundarios y no como causas primarias del subdesarrollo". Concluye afirmando que, "de

hecho, un examen crítico de las teorías del intercambio desigual muestra que ni siquiera se puede establecer de modo simple la dirección neta de las transferencias de valor" (1979b: 57). Al limitar el análisis del valor al problema de su magnitud, la teoría del intercambio desigual se mantiene dentro de los límites de la concepción fetichizada sobre la riqueza de la teoría ortodoxa, corre el riesgo de fetichizar al propio trabajo.

La perspectiva de Shaikh conlleva un cambio de enfoque: del flujo desigual de valor entre las naciones a las desiguales estructuras de producción mediante las cuales se vinculan, de los productos concretos del trabajo a la propia división internacional del trabajo. Este enfoque estimula un examen más atento de las estructuras en cuyo seno se crea y distribuye el valor. También puede ayudar a ubicar la división internacional del trabajo y de la naturaleza en un campo de análisis unitario.

Al centrar su atención en el trabajo, la teoría del intercambio desigual no ha tomado suficientemente en cuenta el papel de los recursos naturales en la formación de las relaciones sociales que generan el intercambio desigual. Como lo socialmente significativo en el caso de los recursos naturales es cómo las redes de relaciones sociales tejidas a su alrededor tornan relevantes las propiedades materiales de esos recursos, tomarlos como centro del análisis debería conducir a un examen de las estructuras espaciales y las unidades políticas generadas en el proceso de producir y distribuir la riqueza. Resulta paradójico que centrar la atención en la explotación de los recursos naturales pueda alentar la adopción de un punto de vista más abarcador sobre el propio proceso del trabajo.

El proceso de creación de valor supone al mismo tiempo la producción de objetos y la transformación de relaciones sociales. Como Marx nunca se cansó de repetir, el valor no es una cosa, sino una relación social mediada y representada por cosas. La tarea consiste en estudiar cómo la producción de valor conlleva la reproducción o transformación de formaciones sociales y culturales. En términos de este énfasis en la constitución del trabajo mediante el proceso de producción, la teoría del valor basada en el trabajo (*labor theory of value*) puede verse propiamente como una "teoría del trabajo basada en el valor" (*value theory of labor*), esto es, una teoría sobre "la determinación de la estructura de producción y de la distribución del trabajo en esa estructura" (Elson 1979: 128). De modo similar, la teoría del valor basada en el trabajo también debería verse como una teoría de la naturaleza basada en el valor; ello arrojaría luz sobre la organización y división de la naturaleza del mismo modo que lo hace sobre el trabajo.

Un acercamiento holístico a la producción abarca la producción de mercancías y también la formación de los agentes sociales involucrados en ese proceso y, por tanto, unifica en un solo campo de análisis los órdenes material y cultural en el seno de los cuales los seres humanos se forman a sí mismos al tiempo que construyen su mundo (Turner 11). Esta visión unificadora intenta abarcar la constitución histórica de sujetos en un mundo de relaciones y entendimientos sociales hecho por los seres humanos. Como estos sujetos están constituidos históricamente y son además los protagonistas de la historia, esta perspectiva considera la actividad que hace la historia como parte de la trama que los forma y que nutre su actividad.

He tratado de desarrollar esta perspectiva en el presente estudio sobre las transformaciones históricas del Estado y la nación venezolanos, durante el periodo en el cual ese país se convirtió en un gran exportador de petróleo. La "dudosa bendición" que es el petróleo —para usar la expresión de Amuzegar (1982)— ha dejado perplejos a la mayoría de los analistas, porque expresa la paradoja de naciones periféricas "ricas" que, no obstante, sufren los problemas típicos que afligen a los países del Tercer Mundo. Si bien durante el auge de mediados de los 70 Venezuela obtuvo más dólares por sus exportaciones de petróleo que los que recibieron todas las naciones europeas por el Plan Marshall, en 1975 Venezuela tenía la mayor inflación y la más baja tasa de crecimiento de América Latina. Cuando esos analistas señalan la incapacidad de las naciones exportadoras de petróleo para emplear productivamente sus recursos, hablan de la "inexorable dinámica de una economía que se sustenta en el petróleo" (Amuzegar 1982; v. tb. Attiga 1981). En este estudio de Venezuela examino la dinámica social de lo que parece ser la "inexorable dinámica" de economías regidas por el petróleo. Para entender este proceso social primero es necesario tener una idea de cómo se valoriza la riqueza mineral.

Recursos naturales: los puntos de vista más aceptados

La economía neoclásica representa una ruptura con la preocupación de la economía clásica sobre la relación entre producción e intercambio. Mientras la economía clásica intenta establecer las bases del valor en la producción, la economía neoclásica determina el valor mediante las preferencias subjetivas de los agentes económicos. Al plantear una teoría del valor subjetiva, centrada en el mercado, la economía neoclásica define el valor de los recursos

naturales de la misma forma como define el de cualquier mercancía: por su utilidad, esto es, por su conveniencia para los consumidores tal como esta se mide en el mercado. El precio de los bienes expresa sus utilidades relativas tal como se establecen mediante intercambio entre los agentes económicos del mercado. Las retribuciones a los propietarios del capital, la tierra y el trabajo se consideran una compensación por su contribución a la producción de valor mediante el cálculo de utilidades o un mecanismo similar que sirva para definir las preferencias subjetivas.

Además, como ha sugerido Mommer, la teoría económica neoclásica analiza los recursos naturales a partir de dos perspectivas fundamentales: bien desde un punto de mira microeconómico que refleja la posición de un individuo, bien desde un punto de vista macroeconómico que asume la perspectiva de la sociedad como un todo (1983: 45). Desde una perspectiva microeconómica, los recursos naturales se consideran "capital natural". Como afirma Alfred Marshall: "Para el productor individual la tierra no es más que una forma de capital" (Mommer 1983: 3). Desde esta perspectiva, los recursos naturales se compran y se venden como cualquier otra mercancía; por tanto, figuran como un costo de producción o como una fuente de ganancia. La oferta y la demanda determinan su precio, de ahí que la escasez sea un factor esencial en la determinación del mismo. El costo de producción tiene su base en la evaluación de los costos de oportunidad, los costos alternativos o la falta de utilidad para el inversionista. Como plantea Marshall: "Mientras que la demanda tiene su base en el deseo de obtener mercancías, la oferta depende fundamentalmente de la falta de voluntad para sufrir 'falta de mercancías'" (*discommodities*) (1961: 140).

Desde esta perspectiva, los ingresos que se obtienen a partir de los recursos naturales aparecen como ganancias en el caso de recursos renovables como las cosechas, y como pago por capital preexistente en el caso de recursos no renovables como el petróleo. Los *royalties* abonados a los propietarios de la tierra por concepto de actividades de minería se consideran, por tanto, un pago por "capital natural". Se trata a los productos del trabajo humano y de la naturaleza como si fueran en esencia la misma cosa; se definen como mercancías. De ahí que Marshall plantee que los *royalties* por concepto de actividades de minería son el precio que se paga por una mercancía que fue "almacenada por la naturaleza, pero a la que ahora se trata como propiedad privada". Por esta razón, apunta, el precio marginal de los minerales incluye el pago de *royalties* además de los costos marginales derivados de la explotación de la mina (1961: 430). En un artículo conside-

rado "la obra clásica para explicar la economía de los recursos no renovables" (Moran 1978: 95), Hotelling plantea lo mismo. Los recursos no renovables, como los minerales, son activos como cualquier otro activo: le rinden beneficios al propietario, sea por apreciación del capital—si se dejan en el suelo como capital— sea como dividendos si se venden (1931).

Una perspectiva macroeconómica reconoce que, de hecho, los recursos naturales carecen de costo de producción; este punto de vista es, por tanto, más sensible al mecanismo real mediante el cual los propietarios de recursos naturales reciben sus ingresos. Estos dependen de las diferencias relativas entre recursos naturales de un mismo tipo pero de orígenes distintos. Dado que la tendencia es que el precio de mercado se establezca a partir del costo de producción de los productores menos eficientes, los propietarios de la tierra reciben una renta cuya magnitud depende de la diferencia entre el precio promedio en el mercado de la mercancía producida en el sector y su costo de producción más bajo en tierras o minas de productividad superior a la promedio. Por tanto, los beneficios de los propietarios de la tierra representan una transferencia de ingresos procedente de los capitalistas.

Desde una perspectiva microeconómica, el precio abonado a los propietarios por el uso de sus tierras o sus recursos refleja el valor que se asigna a los recursos como capital natural. Desde un punto de vista macroeconómico, el precio de la mercancía producida en el sector determina la renta que reciben los propietarios de la tierra; por tanto, los *royalties* abonados al propietario de la tierra son una transferencia de ingresos y no un pago por capital natural. Como señala Morris Adelman en relación con el petróleo: "la renta o los *royalties* no son costos". Por tanto, "todo el problema de las rentas y los *royalties* resulta superfluo en lo que toca a la determinación de los precios" (1964: 109).

Como ha mostrado Mommer, ambas perspectivas se reflejan, respectivamente, en los sistemas tributario y contable de la mayoría de las sociedades capitalistas. Los sistemas tributarios por lo general representan el punto de vista del contribuyente individual, mientras que los sistemas de cuentas nacionales adoptan la perspectiva de la sociedad como colectividad. De ahí que la mayoría de los códigos tributarios les concedan a los productores de minerales un descuento por concepto de agotamiento, lo que equivale a tratar los minerales como "capital natural". Sin embargo, no se reconoce ese agotamiento de capital en el sistema de cuentas nacionales; desde la perspectiva de la sociedad no se trata como capital a los productos de la

naturaleza (1983: 4), sino como una transferencia de ingresos de los capitales a los propietarios de la tierra.

Los estudiosos dedicados al análisis de sociedades en las cuales la producción agrícola o mineral desempeña un papel central, a menudo utilizan un concepto neoricardiano de la renta para explicar el precio de los productos agrícolas o minerales¹³. Al tiempo que consideran el suelo y los minerales como una forma de capital, determinan la magnitud de la renta sobre la base de las ventajas comparativas naturales y la relación entre la producción interna y los niveles internacionales de demanda y oferta en coyunturas temporales específicas. El intento de Mamalakis por formular una "teoría mineral del crecimiento" en relación con América Latina, resulta especialmente interesante debido a la amplitud de los elementos incluidos en la comparación (1978). No obstante, en la medida en que esos estudiosos consideran capital a los recursos naturales, fusionan la riqueza y el valor y dificultan la comprensión de la relación entre diferentes formas de actividades generadoras de ingresos. Un rasgo fundamental de las sociedades analizadas a partir de la "teoría mineral del crecimiento" es que los ingresos generados por las mercancías minerales no guardan mucha relación con la productividad interna del trabajo, y que el alto nivel de los mismos, especialmente durante periodos de auge, a menudo produce el efecto "perverso" de inhibir el desarrollo de esas naciones¹⁴. Las experien-

13. Desde esta perspectiva, por lo general se considera la renta como un ingreso extraordinario, no ganado desde el punto de vista fiscal, que reciben los que producen a bajo costo un producto cuya oferta es limitada; como la competencia capitalista tiende a igualar los costos de producción, la renta tiende a ser temporal. La renta también hace referencia a recompensas que obtienen los productores debido a su monopolio de la tecnología o la producción, o al control político sobre ciertas áreas económicas.

14. Muchos autores han analizado los efectos "perversos" en la sociedad de las rentas petroleras y de otras formas de ganancias rápidas, fenómeno al que a menudo se denomina la "enfermedad holandesa". Para un análisis clásico de la teoría de los auges de recursos, o "enfermedad holandesa", ya he mencionado la obra de Corden y Neary (1982). En Venezuela, la expansión de la producción petrolera en los años 20 fue objeto de una crítica contemporánea acerca de sus efectos. Uno de los críticos más consistentes ha sido Arturo Usiar Pietri, quien ya en 1936 expresó su preocupación de que la nación se convirtiera en un parásito del petróleo. El crítico más autorizado fue Juan Pablo Pérez Alfonzo, el arquitecto de las políticas petroleras de AD y fundador de la OPEP, quien se sintió cada vez más preocupado por los efectos del petróleo en Venezuela tras el auge de 1973. Para un análisis de las ideas sobre el petróleo de importantes economistas venezolanos, incluyendo las posiciones de Usiar Pietri y Alfonzo, v. Baptista y Mommer (1987). Para un intento de ubicar el discurso económico sobre la industria petrolera venezolana en el marco de un vasto universo simbólico, v. Pérez Schael (1993). Para un estudio de los efectos "perversos" de las rentas petroleras en una región de Venezuela, v. Briceño León (1990).

cias del auge del guano en Perú, de los nitratos en Chile y del petróleo en Venezuela demuestran esta tendencia.

De hecho, Mamalakis concluye su artículo citando los casos de Perú y Chile como ejemplos de un empleo bastante "ineficiente" del ingreso procedente de los minerales, y apunta que "el uso más prometedor de los excedentes de rentas mineras ha ocurrido en Venezuela desde 1974, donde el Gobierno está realizando una conversión masiva de sus excedentes mineros en capital físico, humano y tecnológico promotor del crecimiento" (1978: 875). No obstante, Venezuela, como la mayoría de los exportadores de petróleo, enfrenta hoy distorsiones económicas más graves que antes del periodo de auge de 1973-1979; son esos resultados los que hacen necesario examinar la "dinámica social" de una economía que se sustenta en el petróleo¹⁵.

Recursos naturales: los misterios de *Madame la Terre*

Como para la mayoría de los productores de materia prima del Tercer Mundo, para los productores de petróleo la determinación de los precios internacionales es un asunto de extraordinaria importancia. Si deseamos averiguar cómo éstos se han determinado, tenemos que abandonar el mundo neoclásico del intercambio de mercado y volvernos hacia los pensadores que han analizado la producción capitalista como un proceso social que involucra a personas y naturaleza en una transformación mutua. Entre los economistas políticos clásicos, Smith y Ricardo produjeron algunos de los análisis más interesantes sobre los orígenes del valor en la producción y sobre la determinación del valor de cambio de los recursos naturales en el mercado. A partir de la obra de ambos, Marx desarrolló su teoría del valor, que develó la apariencia mistificada por la cual factores de producción como el suelo o el capital parecían ser fuentes de valor en el capitalismo.

A los economistas clásicos les preocupaba sobre todo analizar el origen de la riqueza y los mecanismos de su distribución. Pensaban que el valor de una mercancía dependía de las condiciones de su producción, que las

15. Aunque las naciones exportadoras de petróleo tienen muchos rasgos comunes, también poseen historias singulares, que tornan la comparación más difícil y también más interesante. Incluso autores que trabajan desde perspectivas teóricas diferentes se inclinan a concordar con que la producción de petróleo en naciones del Tercer Mundo tiende a producir efectos de largo alcance, y la mayoría estaría de acuerdo con la afirmación de que el petróleo ha sido, en el mejor de los casos, una "dudosa bendición" (Amuzegar 1982).

economías eran capaces de producir un excedente, y que la riqueza de una nación dependía de la expansión de su capacidad productiva. Consideraban que existían dos tipos de precios: los precios de producción, que reflejan los costos reales de la producción, y que explicaban por medio de una teoría del valor; y los precios de mercado, que describen el precio de intercambio real de las mercancías en respuesta a las fluctuaciones de la oferta y la demanda. El tema que les interesaba era el del rejuego entre la producción y el intercambio y, por tanto, la relación entre valores (como precios naturales o precios de producción) y precios de mercado. Como indiqué antes, el pensamiento neoclásico no continúa esta línea de pensamiento que ubica los orígenes de la riqueza en la producción, ya que considera que la determinación del valor resulta de las preferencias subjetivas de agentes económicos por intermedio del mercado; explica la producción en términos de intercambio. Los agentes invierten o consumen de acuerdo con sus preferencias subjetivas, y los precios son el resultado del juego de la oferta y la demanda. Por tanto, solo hay un tipo de precios: los precios de mercado.

En el mercado las condiciones de la producción original de valor se ocultan de la vista completamente; bajo su luz cegadora, el valor se torna invisible. Todo lo que se ve son diferentes formas de ingresos: salarios pagados a los trabajadores, ganancias de los capitalistas, rentas para los propietarios de la tierra. Incluso Smith, quien estimaba que el trabajo era la fuente del valor, cayó presa del embrujo de los mismos fetiches que había reducido a añicos. A contrapelo de su propia teoría del valor, afirmó en *La riqueza de las naciones* que "los salarios, las ganancias y las rentas son las tres fuentes originales de todos los ingresos, así como de todo valor intercambiable" (cit. en Marx 1968: 347). Como apuntara éste: "Según su propia explicación debería haber dicho: fuentes originales de todo ingreso, aunque ninguna de estas llamadas fuentes participa en la formación del valor" (ibíd.: 347-348).

Para Marx, la "fórmula trinitaria", término con el cual designaba la relación entre capital-ganancia, suelo-renta de la tierra y trabajo-salario "comprende todos los misterios del proceso social de producción" (1975-1981: 1037). El hecho de que esta fórmula mágica parezca ser natural muestra hasta qué grado ha triunfado el capitalismo en establecer como normal su concepción fantástica de la realidad:

... en esta trinidad económica como conexión de los componentes del valor y de la riqueza en general con sus fuentes, está consumada la mistificación del modo capitalista de producción, la cosificación de las relaciones sociales, la amalgama directa de las relaciones materiales de producción con su determinación histórico-social: el

mundo encantado, invertido y puesto de cabeza, donde *Monsieur le Capital* y *Madame la Terre* rondan espectralmente como caracteres sociales y, al propio tiempo de manera directa, como meras cosas (1975-1981: 1056).

En ese mundo encantado estas formas aparecen juntas como fuentes de valor, pero, según Marx, en realidad no tienen nada en común. El trabajo, despojado de una forma social específica, es una abstracción sin realidad histórica. Como fuente de valor, resulta absurdo que deba tener un precio: "[El] 'precio del trabajo' es algo tan irracional como un logaritmo amarillo" (1975-1981: 1042). A su vez, el capital no es una cosa, sino una relación social específica de un modo de producción específico. No es un medio de producción, sino el medio de producción transformado en capital, esto es, monopolizado por un sector particular de la sociedad y utilizado para obtener ganancias: el capital tiende a expandirse. Cuando el capital busca su autoexpansión mediante su forma dinero y no como medio de producción, genera intereses en lugar de ganancia. En este caso el fetichismo del capital aparece en su "forma más enajenada y más característica", porque "el interés parece entonces como independiente, ya sea del trabajo asalariado del obrero, ya del propio trabajo del capitalista, y manar del capital como de su propia fuente independiente" (Marx 1975-1981: 1055): el dinero engendra dinero. Por último, la tierra, que es por definición una condición no producida de la producción que forma parte como elemento material de todo proceso de producción, puede tener un precio, pero no valor, porque "el valor es trabajo" (Marx 1975-1981: 1038).

Al hablar de la tierra, Marx se refería a "todos los poderes de la naturaleza", es decir, no solo la tierra agrícola sino también las minas, los ríos y las cascadas (Marx 1968: 342). Mientras que para Ricardo la renta era un atributo de la naturaleza misma y la propiedad privada de la tierra determinaba simplemente su distribución, para Marx era un atributo de la propiedad privada de la tierra, y su magnitud estaba determinada por el nivel de plusganancia posible en un conjunto dado de condiciones productivas. Desde la perspectiva marxista, el misterio de *Madame la Terre* se resuelve cuando se reconoce que las rentas no añaden valor porque son, de modo inequívoco, una deducción de la plusvalía. Como el valor no se deriva de la naturaleza, sino de la sociedad, las rentas pertenecen a la distribución de la plusvalía, no a su creación. Pero en la medida en que la producción supone el uso de recursos naturales, las diferencias intrínsecas entre ellos afectan diferencialmente la productividad del trabajo humano y, por tanto, la rentabilidad del capital. De ahí que las rentas representen una

deducción de las ganancias de los capitalistas que va a parar a las manos de los propietarios de la tierra en virtud de que poseen un factor natural de producción. Las rentas dependen, por tanto, de la existencia de plusganancia y de la institución de la propiedad privada de la tierra.

La fuente de la plusganancia origina dos tipos de renta: la diferencial y la absoluta. La renta diferencial depende del excedente que tiene su origen en la competencia entre fuentes de capital en el mismo sector económico, por ejemplo, el sector petrolero, que puede expandirse al sector más amplio de la energía si el precio del petróleo se aproxima al del carbón. La renta absoluta es el resultado del excedente que surge de la competencia capitalista entre diferentes sectores; es la renta que hay que pagar al propietario de la tierra con independencia de la fertilidad del suelo. Ambas rentas se derivan del monopolio de la tierra.

La competencia en el seno de un sector, dadas las diferencias de las condiciones de producción (como la fertilidad del suelo y la riqueza de las minas) o de la intensidad del capital (es decir, las magnitudes y tipos diferentes de capital invertido, tales como el uso de fertilizantes y de agricultura mecanizada) conlleva tasas de ganancia desiguales. El propietario de la tierra puede obtener una renta cuya magnitud depende de la diferencia entre la tasa de ganancia real y la promedio. Si la plusganancia resulta de condiciones naturales ventajosas, la renta recibe el nombre de renta diferencial I; si es resultado de un uso más intensivo de capital, se le denomina renta diferencial II. En ambos casos, lo que determina el nivel de la renta es la magnitud de la plusganancia en el sector. Asumamos que el costo de producción en EEUU determina los precios en el sector petrolero. Si la Standard Oil obtiene mayores ganancias en sus yacimientos petroleros venezolanos que en los de EEUU, el Estado venezolano, esto es, el propietario de la tierra, tiene la posibilidad de reclamar una renta mayor. En otras palabras, la magnitud de la renta que recibe el propietario de la tierra depende del precio de mercado de la mercancía producida por el capitalista. La renta diferencial, como explicara Marx, "no entra de manera decisiva en el precio de producción general de la mercancía, sino que lo presupone" (1975-1981: 830). La renta diferencial "siempre surge de la diferencia entre el precio de producción individual del capital individual, que tiene a su disposición la fuerza natural monopolizada, y el precio de producción general del capital invertido en esa esfera de producción en general" (1975-1981: 830-831).

En un sector económico productivo dado (el sector petrolero o el más vasto sector energético), la propiedad privada de la tierra fomenta la compe-

tencia al ofrecerle al capital diferentes condiciones naturales de producción y, por tanto, de rentabilidad. Por el contrario, cuando se trata de diferentes sectores productivos, la propiedad privada de la tierra funciona como un obstáculo a la competencia capitalista, al reclamar una renta como condición para que la inversión de capital utilice el suelo. Por ejemplo, los capitalistas tienen que decidir entre invertir en la manufactura con mínimas obligaciones en lo que toca a rentas, o en la minería, que incluye sustanciales pagos por concepto de rentas. Como se exige una renta, los precios de mercado del sector se elevan por encima de los precios promedio de producción. La renta absoluta, como expresión del poder social de la propiedad privada de la tierra, crea las condiciones que generan un incremento sectorial de la tasa de ganancia por encima de la tasa de ganancia promedio del conjunto de la economía; la propiedad privada de la tierra (la de los propietarios privados y la de los Estados exportadores de petróleo) captura este incremento de las ganancias en forma de renta absoluta. De ahí que la renta absoluta refleja el poder de la propiedad privada de la tierra sobre el capital en la lucha por la distribución de la masa de plusvalía. Mientras que el precio de mercado existente limita la renta diferencial, el nivel de la renta absoluta depende del poder de la propiedad privada de la tierra para aumentar el precio de mercado por medios ajenos al mercado; en un caso, el precio determina la renta; en el otro, la renta determina el precio¹⁶.

Oro negro

El petróleo ilustra mejor que cualquier otra mercancía la importancia y la mistificación de los recursos naturales en el mundo moderno. El petróleo,

16. Existe una vasta y no muy concluyente literatura sobre la teoría del valor basado en el trabajo; esta teoría ha sido criticada con el mismo vigor que ha sido defendida. Marx la desarrolló en los *Grundrisse* (1973), *El capital* (1967) e *Historia crítica de las teorías sobre la plusvalía* (1968). Para interpretaciones y análisis sobre la teoría del valor y asuntos relacionados, v. Bohm-Bawerk (1949), Hilferding (1949), Rubin (1973), Rosdolsky (1977), Meek (1956), Brunhoff (1973), Elson (1979), Fine (1975), Morishima y Catephores (1978), Mandel y Freeman (1984), Steadman et al. (1981), Shaikh (1977; 1980). Para análisis de la teoría en relación con la renta del suelo, v. Ball (1977; 1980), Edel (1976), Fine (1979; 1980), Murray (1977). Para análisis de la renta del suelo en relación con los espacios urbanos, v. Harvey (1989), Lojkin (1977), Edel (1976). V. tb. la polémica entre Samuelson, Sweezy y Baumol en el *Journal of Economic Literature* (1974). Estos debates abarcan desde los aspectos hipotéticos hasta los casi teológicos. Creo que la teoría del valor basada en el trabajo resulta especialmente útil como vía para comprender la formación de sujetos en un mundo de valores objetivados, y no como herramienta técnica para determinar los precios.

mercancía indispensable para el sistema capitalista, ha alimentado no solo sus sistemas industrial, de transporte y de calefacción, sino también la imaginación popular y la académica en todo el mundo. No resulta sorprendente, como muestra el análisis de Mommer (1983), que por lo general su precio se haya interpretado en términos de las dos perspectivas de sentido común cuya fuente ha sido la visión neoclásica sobre los recursos naturales¹⁷.

Desde una perspectiva microeconómica, el petróleo es capital natural. Esta definición surgió del conflicto entre los propietarios privados de la tierra y los capitalistas en EEUU a fines del siglo XIX, cuando se iniciaba el desarrollo de la industria del petróleo. En la confrontación entre propietarios y capitalistas que tuvo lugar durante ese periodo, se llegó al entendimiento tácito de que las ganancias debían repartirse equitativamente entre los dueños del recurso y los capitalistas que lo extraían. El pago al propietario de la tierra de unos *royalties* equivalentes a un barril de petróleo de cada ocho reflejó dicho entendimiento. Hacia el último cuarto del siglo XIX se consideraba que las ganancias de la industria petrolera de Pennsylvania eran de alrededor de 25% del precio comercial; la mitad de 25% era 12,5% o, lo que es lo mismo, 1:8, los *royalties* abonados al propietario de la tierra.

La legislación tributaria de EEUU reconoció esta visión microeconómica. Una serie de leyes, que culminaron en la ley de reducción impositiva por agotamiento (*depletion allowance law*) de 1932, validaba la concepción del petróleo como capital natural. Al igual que los ingresos de las ganancias sobre el capital están sujetos a un impuesto que las grava en la mitad (en principio para proteger la estructura del capital de la sociedad), los impuestos sobre las ventas del petróleo se redujeron en 27,5%, para compensar el agotamiento de este capital natural. (La reducción impositiva por agotamiento del petróleo se concede tanto al capitalista como al propietario de la tierra; equivale respectivamente a 7:8 y 1:8.) Resulta imposible exagerar la importancia de esta reducción impositiva por agotamiento; en 1970 el impuesto sobre los ingresos por actividades de manufactura era de 43%, mientras que en la industria petrolera era solo de 21% (Mommer 1986: 31).

Las naciones productoras de petróleo han adoptado la misma perspectiva microeconómica. Mientras que en EEUU el petróleo pertenece al

propietario privado, en la mayoría de las demás naciones se considera propiedad pública o nacional. Las naciones productoras del Tercer Mundo adoptaron

ual de la tierra en su confrontación con las compañías petroleras internacionales, y sus gobiernos decidieron actuar en el nivel internacional como representantes de la nación, entendida como unidad poseedora de la propiedad. Justificaron la demanda de parte de las ganancias derivadas de la venta de este recurso natural, invocando la idea de que el petróleo tiene un valor intrínseco y que, por tanto, se le debe tratar como "capital natural". La legislación sobre minería de la mayoría de los países petroleros refleja este punto de vista.

Esta perspectiva fue explícitamente reconocida por la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP) en 1962. En su lucha por aumentar su participación en los ingresos petroleros, la OPEP redefinió el objetivo comúnmente aceptado de dividir las ganancias a partes iguales entre Estados y compañías petroleras. Antes de esa histórica reunión de la OPEP, estos Estados tendían a incluir los *royalties* que se les abonaban como parte del porcentaje de las ganancias recibidas por el Estado. A partir de la nueva iniciativa de la OPEP, se definieron los *royalties* como compensación por el valor intrínseco del petróleo en tanto recurso no renovable, es decir, como una forma de reducción impositiva por agotamiento. Se debían compartir las ganancias después de restar los costos de operación de la compañía y de pagar los *royalties*. Al separar los pagos de *royalties* de su parte de las ganancias, los Estados petroleros aumentaron el total de sus ingresos por concepto del petróleo.

Por otra parte, la perspectiva macroeconómica no considera que la renta abonada a los propietarios de la tierra participa en la formación del precio. Como apunta Adelman en su examen del mercado petrolero, la oferta y la demanda determinan el precio, y los aumentos tienen como base la escasez. Las rentas (los pagos de *royalties*) no constituyen un costo y, por tanto, no afectan los precios. Representan, en cambio, un residuo, una diferencia debida a ventajas naturales. Las condiciones de producción de los yacimientos petroleros menos productivos determinan el precio en el mercado mundial. Como los precios de tipos comparables de petróleo se hacen uniformes, sean extraídos de yacimientos ricos o pobres, los yacimientos más productivos producen una renta (Adelman 1972).

Siguiendo de cerca la teoría de la renta de Ricardo, Adelman toma en cuenta la importancia de las diferentes condiciones de producción, al contrario de los analistas neoclásicos que adoptan una perspectiva mi-

17. Este análisis sobre la conceptualización de los mecanismos de establecimiento de los precios en el sector mineral y de la evolución de los precios del petróleo tiene como base la obra pionera de Mommer (1983; 1986).

croeconómica. Pero como la teoría de Adelman solo reconoce como determinantes de la renta a factores naturales, resulta incapaz de tomar en cuenta las fuerzas sociales que en realidad determinan el precio del petróleo. En la introducción a su estudio de 1972 sobre la industria petrolera, predijo que los precios del petróleo disminuirían: "Las conclusiones de este estudio son que los precios del petróleo crudo descenderán, porque la oferta será muy superior a la demanda incluso a precios menores, y también –y este es otro asunto– porque seguirá existiendo suficiente competencia como para que el precio gravite hacia el costo, por más lentamente que sea" (cit. por Haussman 1981: 230).

Este marco teórico no podía explicar la cuadruplicación de los precios del petróleo que se produjo en 1973-1974. Para Adelman son la oferta y la demanda las que determinan los precios del petróleo, y el pago de renta a los Estados de las naciones exportadoras de petróleo depende del nivel de los precios de mercado de ese producto. Esta teoría asume que el capital tiene acceso a los yacimientos; no comprende el significado económico de la propiedad privada de la tierra como barrera al capital.

Cuando intentan encontrar una lógica subyacente tras acontecimientos aparentemente caóticos –guerras, revoluciones, golpes de Estado– que han conducido a rápidos cambios de los precios, las interpretaciones neoclásicas se mantienen en el nivel de la oferta y la demanda, y la demanda misma se establece mediante un criterio de la producción determinada por el intercambio. En el mejor de los casos introducen "factores políticos" en sus modelos (Moran 1982); pero como esos modelos tienen como premisa el postulado de que el valor se determina en el intercambio, en última instancia son incapaces de dar cuenta del origen del valor en la producción. En este contexto, la "política" no incluye el despliegue de poder mediante el cual los dueños de la tierra, en tanto tales, ejercen su capacidad para reclamar una renta absoluta.

De ahí que a pesar de la considerable sofisticación de estos intentos, sus autores consideren que el movimiento de los precios del petróleo tiene como límite un techo establecido por la oferta y la demanda en el marco de los sectores petrolero o energético. Y de ahí que Adelman, quien emplea una concepción ricardiana de las rentas diferenciales, entienda las rentas petroleras como una categoría residual. Para él, el techo de los precios de la energía antes del auge estaba determinado, del lado de la oferta, por la competencia potencial de las fuentes más caras de petróleo crudo; o, después de los auges de los años 70, por las "oportunidades para invertir en

mayor eficiencia térmica más que en nuevas fuentes de petróleo crudo" (1982: 32).

Con el aumento del petróleo, Adelman amplió el techo de precios para extenderlo de la industria petrolera a todo el sector energético. En este sentido estaba en lo cierto, porque al haber un salto en los precios petroleros, el empleo de fuentes alternativas de energía puso límites a ulteriores incrementos del producto. Los auges petroleros de los años 70 evidenciaron que las rentas diferenciales se entienden mejor si se comprende que no surgen de los marcos de un sector industrial definido de manera estrecha (el petróleo), sino de los límites establecidos por fuentes alternativas como el carbón, en el marco de un sector más amplio (la energía). El análisis de Massarat sobre la industria petrolera en el contexto del sector energético ilustra esta afirmación (1980). Sin embargo, la perspectiva de Adelman del campo más abarcador en el cual se establecen las rentas diferenciales, no toma en cuenta el papel de la propiedad privada de la tierra como barrera a la inversión de capital en recursos naturales. Se limita a extender las fronteras dentro de las cuales la propiedad privada de la tierra desempeña su papel.

El abrupto incremento de los precios del petróleo que tuvo lugar en 1973 y 1974 no se produjo como consecuencia de una escasez mundial de petróleo. En realidad fue resultado de un largo proceso histórico mediante el cual los países miembros de la OPEP, en su calidad de propietarios de la tierra, desarrollaron los medios para extraer una renta sobre la base de su propiedad sobre los yacimientos petroleros –una renta absoluta–, además de las rentas diferenciales que habían cobrado antes. En 1973 un conjunto de condiciones políticas y económicas convergentes ayudaron a establecer esta capacidad colectiva de restringir el abastecimiento mundial de petróleo. Con este poder en las manos, la OPEP se sintió con el derecho a establecer los precios de mercado del petróleo, con lo que liberó el nivel de la renta del límite previo dictado por el precio de mercado. A partir de entonces sería la renta (absoluta y diferencial) la que determinaría el precio de mercado del petróleo.

Esta alteración, de una renta cuyo nivel era determinado por el precio de mercado, a un precio de mercado determinado por el nivel de la renta, expresaba un cambio histórico de las relaciones de poder entre el capital y la propiedad privada de la tierra en todo el mundo capitalista. Los *royalties* petroleros originales de Pensilvania de 1:8, si bien explicados ideológicamente como un pago a los dueños de la tierra por el uso de su

capital natural, representaban en realidad el poder de los propietarios de la tierra a reclamar una renta absoluta, es decir, un pago que les correspondía por poseer la tierra, con independencia de la productividad de sus yacimientos petroleros. Al ampliarse las ganancias del sector del petróleo este derecho comenzó a representar un porcentaje cada vez más reducido de las ganancias y no una repartición equitativa. De esa forma, se convirtió en lo que siempre había sido: un pago mínimo a los propietarios de la tierra, una renta absoluta. Los dueños de tierra de EEUU diseñaron diversas estipulaciones contractuales para incrementar su participación en las crecientes ganancias de la industria petrolera, pero carecían de la organización colectiva y los conocimientos que les ayudaran a preservar el objetivo original de que se compartieran las ganancias sobre una base de igualdad.

En un inicio, las naciones exportadoras de petróleo siguieron una conducta muy similar a la de los propietarios estadounidenses, ya que actuaban como agentes independientes, pasivos y atomizados, con un conocimiento limitado de la industria del petróleo. Sin embargo, en su lucha por aumentar su participación en las ganancias, estaban mejor ubicadas que los propietarios para aprender sobre la industria, compartir información y actuar de consuno. Al ser Estados soberanos, podían obtener información esencial sobre esta industria sigilosa; en su condición de grandes suministradores de petróleo del mundo capitalista, podían afectar el nivel de la producción mundial. La clave para entender la evolución de los precios del petróleo es el análisis de cómo estos países consolidaron su poder de propietarios de la tierra, tanto por separado, en tanto Estados soberanos en confrontación con las subsidiarias de las compañías petroleras, como colectivamente, por intermedio de las acciones de la OPEP en el nivel internacional.

Estos Estados pudieron definir el nivel de la renta absoluta mediante el establecimiento de los precios de mercado. Dada esta redefinición de las relaciones de poder, la renta absoluta ha funcionado como una nueva barrera que redefine el campo en el cual funciona. Al promover la ampliación de ese campo, vuelve a trazar las fronteras del campo ampliado. De ahí que la lógica subyacente de la formación de los precios del petróleo no se encuentre en el mercado, como definiera la economía neoclásica, sino en el complejo escenario político en el cual Estados y compañías petroleras, la propiedad privada de la tierra y el capital luchan para producir y apropiarse del valor. En el curso de estas luchas el trabajo participa como una fuerza

a través de la mediación del Estado en aquellas naciones en que ha contribuido a definir reclamos nacionalistas¹⁸.

Un siglo de precios del petróleo

Utilizando como base la obra de Mommer puedo ahora dibujar los contornos de la evolución de los precios del petróleo. Desde los orígenes de la industria petrolera en Pensilvania en el siglo XIX hasta 1959, fueron las compañías petroleras estadounidenses, las mayores productoras del mundo durante buena parte de este siglo, las que fijaron el precio del petróleo en el mercado mundial. Desde 1917 hasta 1958, el petróleo de EEUU representó, como promedio, 55% de la producción mundial total. A partir de 1928, el International Oil Cartel (una alianza de compañías petroleras de Gran Bretaña, Holanda y EEUU, dominada por estos últimos) controló la producción mundial y estableció el precio del mercado sobre la base de los elevados niveles de costos prevalecientes en EEUU. La producción de petróleo resultaba significativamente más barata en todas las demás naciones productoras. Ello se debía en parte a que en algunos casos disponían de yacimientos más ricos, pero también a que la extracción estaba organizada de manera más racional. Como el subsuelo de esos países es de propiedad pública, los yacimientos petroleros no están divididos anárquicamente en pequeños lotes, como ocurre en EEUU, lo que eleva los costos de extracción. Dados los precios de mercado uniformes determinados a partir del caro petróleo estadounidense, la diferencia de costo era fuente de plusganancia para las compañías petroleras que funcionaban en otros países.

En el intento por incrementar sus ingresos petroleros, los países exportadores reclamaron una parte de esa plusganancia. En la medida en que lo lograron, de hecho la transformaron en rentas: rentas diferenciales. Dado un cierto nivel de consumo, pareció que el techo de estas rentas lo fijaba el

18. La significación del trabajo en las luchas globales en torno de la formación de los precios en el sector petrolero aún no ha sido establecida, pero es evidente que el papel del trabajo está mediado por su influencia sobre los Estados de las naciones productoras de petróleo. En el caso de Venezuela, varios estudiosos han subrayado la significación del trabajo en la definición de una política petrolera nacionalista, en especial durante las etapas tempranas de la industria del petróleo, antes que el movimiento sindical cayera bajo el control de Acción Democrática (Tennassee 1979; Bergquist 1986). La colección de artículos compilados por Nore y Turner en *Oil and Class Struggle* (1980) constituye un intento por destacar la relevancia del trabajo en las políticas petroleras internas e internacionales de varios países.

precio del petróleo en el mercado mundial, establecido por la industria petrolera estadounidense (que, hay que recordar, incluía el pago de *royalties*: una renta absoluta). Esta percepción, que determinó la acción de los agentes económicos, era un reflejo adecuado de la realidad. Hasta 1960 la lucha de las naciones productoras de petróleo para aumentar sus ingresos provenientes del producto se vio limitada por la magnitud de la plusganancia de la industria petrolera internacional. En otras palabras, el precio determinaba la renta.

Las condiciones que les permitieron a los Estados productores de petróleo aumentar su participación en las ganancias petroleras al convertir la plusganancia de la industria en rentas diferenciales no podían durar por tiempo indefinido. Los precios del petróleo habían sido notablemente estables. De hecho, desde 1934 habían aumentado lentamente durante un cuarto de siglo. Con la ampliación de la producción en otros países, la participación de EEUU disminuyó; entre 1959 y 1972 solo representó 25% del total mundial. Ya en 1947 EEUU se había convertido en importador y comenzó a ejercer influencia sobre los precios mundiales del petróleo no solo como gran productor, sino también como consumidor cada vez más dominante. En 1959 los precios disminuyeron por primera vez en 25 años. Como era de esperar, esta reducción preocupó mucho a las naciones exportadoras. En 1960 se fundó la OPEP, en buena medida por iniciativa de Venezuela, país que tenía más experiencia como exportador de petróleo y como Estado soberano que los exportadores del Medio Oriente. La OPEP, que es un cartel de propietarios de tierra, no de productores, intentó originalmente estabilizar los precios. Pero su objetivo de aumentar los ingresos de los países miembros, en las condiciones existentes del mercado, implicó necesariamente un aumento; esto es, el establecimiento de una renta absoluta.

Este cambio de una renta determinada por el precio a un precio determinado por la renta comenzó en la década de 1960 y culminó en la de 1970. El momento crucial fue 1968. Las naciones miembros de la OPEP, cuyos ingresos estaban limitados por los precios del petróleo entonces vigentes en el mercado mundial, decidieron que, para los fines impositivos, serían los Estados exportadores los que fijarían el precio del producto. El propósito expreso de estos precios fiscales era capturar la plusganancia de las compañías. Ostensiblemente, el límite lo fijaba el nivel de plusganancia que obtuvieran las compañías petroleras, y esta plusganancia se definía como las ganancias por encima del nivel acostumbrado y necesario para

inducir a los capitalistas a invertir. Como ha planteado Mommer: "La OPEP estaba en vías de transformar toda plusganancia existente o posible en renta del suelo" (1986: 183).

El análisis de Mommer muestra cómo el mecanismo de esta transformación creó las condiciones para la generación de plusganancia en la industria petrolera. La plusganancia no se transformaría en rentas mediante el incremento de los impuestos de las compañías petroleras, sino mediante el aumento del precio fiscal del petróleo y la definición de los impuestos como una proporción del precio acrecido del petróleo. Dada una magnitud existente de plusganancia en el sector petrolero, un incremento de los impuestos transforma la plusganancia en renta del suelo. Por el contrario, un aumento del precio fiscal del petróleo establece *a priori* el nivel de la renta, sin tener en cuenta la magnitud de las ganancias en el sector. Por tanto, puede hacer que suban los precios en un esfuerzo por mantener la tasa de ganancia del sector. De ese modo, las naciones de la OPEP, al hacer subir potencialmente los precios y exigir una renta absoluta, no solo estaban capturando la plusganancia existente sino también creando las condiciones para que siguiera existiendo plusganancia en el sector petrolero (1986: 182-183).

En su reunión de 1968, las naciones miembros de la OPEP formularon el objetivo de lograr el control nacional sobre sus industrias petroleras respectivas. Este objetivo debía lograrse mediante el incremento de la participación del Estado en todas las fases de la industria. Según este plan, el papel de las compañías extranjeras llegaría a reducirse con el tiempo al de socios menores o poseedores de licencias. Una vez que las compañías petroleras propiedad de los gobiernos hubieran desarrollado su capacidad para operar la industria, el ingreso de las compañías extranjeras provendría de los pagos por los limitados servicios que brindarían. Por tanto, el reclamo hecho por los Estados miembros de la OPEP de una renta absoluta, estaba íntimamente relacionado con su consolidación política como Estados soberanos en los escenarios interno e internacional, y con el desarrollo de capacidades estatales específicas.

La cuadruplicación de los precios del petróleo en 1973-1974, y de nuevo en 1979, fue la culminación de este proceso. La plusganancia se transformó en rentas mediante la transferencia de valor en el nivel internacional entre diferentes sectores económicos, y no en el interior del sector petrolero. Este movimiento de valor hacia el sector petrolero sacudió a toda la economía mundial. Se percibió como una redistribución de las riquezas mundiales

de las riquezas mundiales hacia las naciones exportadoras de petróleo. Conllevó la reasignación de las ganancias, que pagaron los consumidores de petróleo de todos los sectores, desde la industria básica hasta el público en general. Por esta razón, los países de la OPEP se convirtieron en blanco de ataque de las naciones consumidoras de petróleo en una escala sin precedentes.

En este contexto, las petroleras transnacionales perdieron interés en seguir siendo los capitalistas del petróleo en el Tercer Mundo: querían evitar los ataques del público en un momento en que obtenían grandes ganancias por sus operaciones. Además, la capacidad de los Estados de la OPEP para extraer una renta absoluta no solo reflejaba sino que también aumentaba su poder. Estos Estados podían ahora asumir el control sobre sus industrias petroleras, las cuales ya en 1976 habían sido nacionalizadas en todas las naciones exportadoras y contrataban algunos servicios con las compañías petroleras internacionales. Se habían logrado los objetivos expresados en la reunión de la OPEP de 1968.

Dos acontecimientos subrayados en este breve resumen apuntan a la significación de las relaciones políticas en la determinación de los precios del petróleo. La reunión de la OPEP de 1968 estuvo precedida en 1967 por la tercera guerra árabe-israelí. El incremento de precios de 1973-1974 estuvo precedido en 1973 por la cuarta guerra. En ambas ocasiones se utilizó el petróleo como arma política.

Sería simplista aducir que los conflictos políticos causaron el aumento de los precios al afectar la oferta. Lo que sucedió en realidad fue que mediante estas confrontaciones los productores probaron y ampliaron su poder. El petróleo se convirtió en arma política porque los exportadores se tornaron en una fuerza económica.

De esta forma, la historia de los precios del petróleo es un reflejo de las luchas políticas en torno de la distribución del valor tanto en el interior de un sector como entre sectores de la economía mundial.

A los diversos acontecimientos que condicionaron la evolución de los precios, subyacía el creciente poder de los países miembros de la OPEP, que actuaban individual y colectivamente como dueños de un recurso natural. A su vez, la consecuencia más evidente de su poder como terratenientes, el incremento de los ingresos provenientes del petróleo y la nacionalización de estas industrias, no solo afectó la magnitud de su fuerza, sino también su base, las relaciones sociales mediante las cuales el poder del Estado se constituía tanto interna como internacionalmente.

La naturaleza de la historia: de una dialéctica binaria a una dialéctica abierta

He empleado algunas categorías marxistas para arrojar luz sobre aspectos de la economía política internacional del petróleo y como introducción a mi análisis de la formación del Estado en Venezuela. Quiero concluir este capítulo ofreciendo una visión, tanto del capitalismo como del Estado, que intenta superar los prejuicios eurocéntricos y androcéntricos presentes en la visión del capitalismo que Marx nos legó.

La relación de Marx con el capitalismo estaba signada por una profunda ambivalencia. Reconocía al mismo tiempo sus logros y su potencial liberador, así como sus consecuencias alienantes y su limitado horizonte histórico. Sólo habitando la cultura capitalista, sumergiéndose en sus categorías y examinando sus premisas implícitas, pudo criticarla de manera que sigue siendo ejemplar por su amplitud e imaginación. No obstante, la cultura capitalista europea del siglo XIX también habitó en Marx, lo cual limitó el alcance de su crítica. Su desconstrucción del sistema categorial de la economía política no lo libró de su identificación heterosexista de la actividad con la masculinidad, la pasividad con la feminidad y la productividad con la fertilidad (Arendt 1958: 106; Parker 1993: 35).

Su concepción del progreso de la historia asume una trayectoria definida por la unión dialéctica del capital y el trabajo que desplaza de manera creciente a la naturaleza—así como a las clases sociales y regiones del mundo identificadas con ella—del centro del escenario de la historia. No solo la burguesía y la clase obrera, sino también la ciudad y el campo, los propietarios de tierras y los campesinos, los centros metropolitanos y la periferia capitalista se definen por el papel que se les asigna en su narrativa del avance de la historia. Su recuento de la unión productiva de *Monsieur le Capital* y *Madame la Terre*, aun sin que sea su intención, sirve para confirmar la representación dominante de un mundo polarizado entre un orden masculino y creativo que es el hogar del capital en los centros metropolitanos, y una esfera feminizada y sometida en la cual la naturaleza espera pasivamente el abrazo fértil del capital en la periferia.

La desatención a la naturaleza en el pensamiento marxista se relaciona con la identificación del capital y el trabajo con la actividad, y de la naturaleza con la pasividad. En el mismo espíritu de la dialéctica entre el amo y el esclavo de Hegel, la dialéctica de Marx entre el capital y el trabajo plantea el antagonismo entre estos dos agentes como la fuente del movi-

miento emancipatorio de la historia. Si bien esta posición binaria nutre la mayor parte de su obra, en el análisis del papel de la renta del suelo en el capitalismo Marx menciona un tercer actor: la naturaleza (junto al conjunto de factores asociados a ella). Aun cuando la naturaleza solo entra con fuerza en su análisis hacia el final del tomo 3 de *El capital*, Marx apunta que desempeña un papel de importancia junto al capital y al trabajo. Son estos tres los protagonistas de las sociedades capitalistas: "capital-ganancia (ganancia empresarial más interés), suelo-renta de la tierra, trabajo-salario: es la fórmula trinitaria que comprende todos los misterios del proceso social de producción" (1975-1981: 1037).

Dado que la mayoría de los marxistas, siguiendo los pasos de Marx, se han dedicado a resolver el misterio de la relación capital/trabajo, no resulta sorprendente que el misterio de *Madame la Terre* aún no se haya descifrado. Pocos pensadores se han percatado de que el sistema binario de Marx choca con su "fórmula trinitaria". Henry Lefebvre resulta excepcional al notar esta tensión y explorar con excepcional lucidez sus consecuencias. Sugiere que una inclusión más plena de la naturaleza llevaría al centro del escenario el papel de otros agentes sociales y de la política misma, entendida como una relación social específica. Tras reconocer que con el término "tierra" Marx designaba a una relación social y no a una cosa (recursos agrícolas o minerales no como objetos inertes, sino como elementos de formaciones sociales constituidos mediante la socialización de la naturaleza), Lefebvre plantea que la tierra incluye a "los dueños de la tierra, al campo, a la aristocracia" y, lo que es más importante para mi línea de análisis, al "Estado-nación, confinado en un territorio específico" y, por tanto, "en el sentido más absoluto, la política y la estrategia política" (1991: 325). De ahí que para él "la oposición binaria [de Marx] de carácter conflictual (dialéctico) implica la subordinación de lo histórico a lo económico, tanto en la realidad como en el terreno conceptual" y también "la disolución o absorción, por parte de la esfera económica, de una multiplicidad de formaciones (la ciudad, entre otras) heredadas de la historia y que son, en sí mismas, de naturaleza precapitalista" (1991: 324).

Lefebvre sugiere que con el tratamiento de la naturaleza que hace Marx al final de *El capital*, su análisis del capitalismo "se detiene" (1991: 325), porque ese análisis lo enfrentó a dificultades que no podía resolver. La principal consistía en reconocer las implicaciones de la importancia creciente de la naturaleza para la producción capitalista, dado que su modelo del desarrollo capitalista era binario. A diferencia de la progresión histórica avizorada por el modelo de Marx, movilizado como lo estaba por la relación capital/trabajo,

Lefebvre plantea que la importancia creciente de la tierra ha conllevado un desarrollo más complejo: "A escala mundial, ni la propiedad de la tierra, ni la importancia política de sus propietarios, ni las características peculiares de la producción agrícola dieron señales de desaparecer. Ni, en consecuencia, la renta del suelo abandonó el campo, suplantada por las ganancias y los salarios". Lefebvre subraya la importancia creciente de los recursos naturales y las consideraciones espaciales: "Lo que es más, las cuestiones relativas a los recursos del suelo y el subsuelo—del espacio de todo el planeta—aumentaban constantemente su importancia" (1991: 324).

La incapacidad de Marx para dar cuenta de la importancia de la naturaleza, según Lefebvre, se reproduce en la notable insensibilidad de la teoría social contemporánea en lo que toca a la significación de la renta del suelo: "Todos los intentos por reubicar el concepto de renta del suelo en el lugar que le corresponde han sido totalmente sofocados durante décadas, tanto en Francia, como en Europa, como en el mundo en general, en nombre de un marxismo que se ha tomado mera ideología, simple herramienta política en manos de funcionarios" (1991: 324). Lefebvre no explica por qué el reconocimiento de la centralidad de la renta del suelo ha representado una amenaza de tal magnitud, pero considero que ello entrañaría integrar las dimensiones temporal y espacial, así como sustituir las concepciones eurocéntricas y esquemáticas del capitalismo por una comprensión más histórica, política y global de su desarrollo histórico¹⁹.

No obstante, como Marx escribió el tercer tomo de *El capital* antes que el primero y el segundo (Rosdolsky 1977), el reconocimiento de la importancia de la tierra en el tomo 3 (en ese momento "tardío") no explica su subordinación a la dinámica capital / trabajo en el resto de su obra. Además, la falta de atención de Marx a la naturaleza no puede explicarse estrictamente por lo que Lefebvre denomina la "subordinación de lo

19. Sin embargo, el concepto de renta del suelo se ha empleado en el estudio de sociedades en las cuales los productos agrícolas o de la minería desempeñan un papel clave. Si bien estos estudios han hecho valiosas contribuciones al análisis de naciones específicas, no han modificado las concepciones dominantes sobre el capitalismo. Mi trabajo en esta área parte de las contribuciones de estudiosos que han utilizado la categoría de renta para analizar a productores de productos primarios, en especial las naciones productoras de petróleo. Uno de los primeros intentos de reunir un número de ensayos que utilizan la teoría de la renta del suelo para estudiar a los Estados exportadores de petróleo es el de Nore y Turner (1980). La publicación *Peuples Méditerranéens / Mediterranean Peoples* dedicó un número especial (N° 26, 1984), titulado *Pétrole et société*, al análisis de sociedades sustentadas en el petróleo. Entre los autores que muestran sensibilidad hacia el tema de las implicaciones culturales o políticas de las rentas petroleras, v. la obra de Watts (1983; 1987; 1994) y Graf (1988) sobre Nigeria.

histórico a lo económico". Aunque un reconocimiento más pleno del papel de la tierra en la producción capitalista sin duda hubiera obligado a Marx a producir una concepción más política y global del capitalismo, uno de los logros de Marx es haber comenzado a mostrar que la aparente separación entre "economía" y "política" en el capitalismo es ella misma un efecto de la política. A lo largo de toda su obra demostró que lo que vino a llamarse economía en la sociedad burguesa se constituía mediante la lucha de clases y la regulación estatal, como se aprecia con claridad tanto en sus escritos históricos como en *El capital*²⁰.

La omisión de Marx tuvo que ver, según creo, con sus objetivos. Desde la Inglaterra inmersa en la revolución industrial, trató de hacer avanzar la causa del socialismo presentando a los obreros como una clase explotada que tiene interés en la emancipación universal de la humanidad. Vio las raíces de la explotación en la extracción de plusvalía en el proceso de producción. De ahí que concentrara su atención en la dialéctica entre el capital y el trabajo y en la relación entre ganancia y salarios, a fin de hacer visible, en un nivel relativamente alto de abstracción, las operaciones ocultas que aseguran la extracción de plusvalía y esconden este proceso de la vista. A diferencia del trabajo, la tierra no produce valor. Como el capital, sólo se apropia de él, pero no lo hace, como el capital, involucrando al trabajo en el proceso de producción, sino obstaculizando la movilidad del capital y su capacidad de explotar el trabajo. En este sentido, la tierra es un parásito tanto del trabajo como del capital.

Marx, entonces, vio la tierra como una fuerza conservadora que inhibe el avance del capital. Su obra sugiere que, con el tiempo, la tierra se subsumiría en el capital, o sea, que el capital controlaría el poder de la tierra como relación social opuesta a él. Dado este punto de vista y su preocupación por poner al desnudo la lógica de acumulación capitalista desde una perspectiva que privilegiaba el problema de la explotación del trabajo, resulta comprensible que no se centrara en la naturaleza como fuente de riqueza o como base de la propiedad de la tierra y la renta del suelo. La concepción estrictamente social de Marx de la explotación evita felichizar el capital, el dinero o la tierra como fuentes de valor. Pero termina por excluir la explotación de la naturaleza del análisis de la producción capitalista y por borrar su papel en la formación de la riqueza.

20. Pienso en especial en varios capítulos del tomo I de *El capital* (1967): sobre el dinero (cap. 3), la jornada laboral (cap. 10), y la acumulación primitiva (caps. 26-33).

Esta desaparición de la naturaleza también se aprecia en el análisis marxiano de la forma fundamental de riqueza en el capitalismo: la mercancía. Marx hace tales esfuerzos por mostrar que el valor de las mercancías sólo depende de las relaciones sociales que les imprimen una cantidad definida de fuerza de trabajo abstracto, que presta poca atención al papel de la naturaleza en su constitución como tales: "... la forma de mercancía y la relación de valor entre los productos del trabajo en que dicha forma se representa, no tienen absolutamente nada que ver con la naturaleza física de los mismos ni con las relaciones, propias de cosas, que se derivan de tal naturaleza" (1975-1981: 88-89). Si bien es cierto que la relación de valor entre las mercancías no tiene nada que ver con su naturaleza física, su existencia como mercancía no puede separarse de su naturaleza física.

En tanto cosas que encarnan valores de uso y de cambio, las mercancías son, como enfatiza Marx en todos sus demás textos, objetos intrínsecamente sensoriales, que dependen de un medio físico para su constitución como tales; poseen una forma material o "natural" y una forma social o "de valor" (1975-1981: 58). Esto es cierto respecto no solo de mercancías incuestionablemente materiales, como autos o mangos, sino de otras menos tangibles, como conciertos musicales o poemas. Por supuesto, lo que convierte a una canción o un mango específicos en mercancía no es solo su real o imaginada utilidad, sino su posibilidad de realización en el mercado; su participación en el intercambio mercantil los transforma en mercancía. El mango que compro es una mercancía, pero el que arranco del árbol no lo es; en un caso, como una mercancía, en el otro, una mera cosa. Lo mismo respecto de una canción, que puede circular libremente, como cuando la recibo de un amigo "que canta como un ruiseñor" (Marx 1977: 1044), o vestida de mercancía, lastrada por una etiqueta con su precio, como cuando compro una entrada para un concierto. Las mercancías circulan a través del medio de sus propiedades físicas y no con independencia de ellas. La forma particular de su materialidad sensorial es un elemento intrínseco de la forma que adquieren como mercancías²¹.

21. Como señaló Marx, las mercancías no son simples cosas, y no siempre resulta fácil identificar qué es de hecho una mercancía. Los marxistas suelen atribuirle una gran significación a los bienes producidos con trabajo asalariado para el intercambio, pero en realidad se pueden producir bienes para el intercambio, que serían también mercancías, en una diversidad de condiciones laborales. Para un interesante análisis de la mercantilización de la música como un programa al que posteriormente se aplica el trabajo, v. Attali (1977).

Mi razonamiento sobre la importancia de las propiedades físicas de las mercancías no se restringe al reconocimiento del papel de la materia en definir su utilidad en tanto cosas. Muchos estudiosos han señalado que *El capital* se concentra en el valor de cambio y presta poca atención al valor de uso (Baudrillard 1981; Sahlins 1976). Dados los objetivos de Marx, ello me parece comprensible. En mi opinión, la materialidad de las mercancías también participa en su constitución *qua* mercancías y, por tanto, en la definición de su papel según la forma como aparece la riqueza en el capitalismo. Si es cierto, como afirma Marx desde la oración con que se inicia *El capital*, que “la riqueza de las sociedades en las que domina el modo de producción capitalista se presenta como un ‘enorme cúmulo de mercancías’” (1975-1981: 43), creo que ello se debe a que las mercancías no solo encarnan fuerza de trabajo abstracta, sino riqueza material. La mercancía *qua* mercancía encarna valor social y riqueza natural; en tanto “cosas sensorialmente suprasensibles o sociales” (1975-1981: 88), no pueden entenderse independientemente de sus propiedades físicas ni de sus propiedades sociales.

En su análisis de la forma mercancía, la principal preocupación de Marx es disipar la niebla de la familiaridad “mediante la cual el carácter social del trabajo se nos aparece como el carácter objetivo de los productos mismos” (1967: 74). Para Marx, el fetichismo de las mercancías supone la inscripción de la fuerza de trabajo abstracta en los objetos y la supresión simultánea de esa inscripción de la conciencia colectiva. Resulta irónico que en su celo por demostrar que el valor de una mercancía reside en la inscripción, no en el objeto, Marx haya suprimido la aguda observación de William Petty (que hace suya) de que el trabajo inscribe el valor a través de un medio material y que la riqueza se genera a partir de la unión del trabajo, “el padre” y la naturaleza, “la madre” (Marx 1967: 43). Hasta donde conozco, este es un aspecto del análisis de Marx sobre la forma mercancía que no ha sido comentado.

Una apreciación del papel de la naturaleza en la formación de la riqueza ofrece una visión diferente del capitalismo. La inclusión de la naturaleza (y de los agentes a ella asociados) debería desplazar a la relación capital/trabajo de la centralidad osificada que le ha hecho ocupar la teoría marxista. Junto a la tierra, la relación capital/trabajo puede verse en el seno de un proceso más amplio de mercantilización, cuyos efectos y forma específicos hay que demostrar concretamente en cada caso. A la luz de esta visión más abarcadora del capitalismo, sería difícil reducir su desarrollo a una dialéc-

tica entre el capital y el trabajo que tiene su origen en los centros avanzados y se expande a la periferia atrasada. En lugar de ello, la división internacional del trabajo podría reconocerse, de modo más adecuado, como una división internacional simultánea de las naciones y de la naturaleza (y de otras unidades geopolíticas, como el Primer y el Tercer Mundo, que reflejan los cambiantes realineamientos internacionales). Esta perspectiva, al incluir los agentes que en todo el mundo están involucrados en la creación del capitalismo, posibilita avizorar una concepción global, no eurocéntrica, de su desarrollo.

El objetivo de abandonar una dialéctica binaria a favor de otra terciaria es abrir nuestra visión del desarrollo histórico del capitalismo y no limitarla al definir *a priori* la identidad de sus agentes y la lógica de su transformación. Centrar el análisis en la conversión en mercancía de la tierra, el trabajo y el capital –la fórmula trinitaria de Marx– permite abarcar mediante el análisis social, como propone Lefebvre, un número mayor de actores y formaciones sociales, unificar las dimensiones temporal y social y hacer más evidente la relación entre estructura y contingencia en la historia. El propósito crítico es aprehender el carácter relacional de las unidades incluidas en la creación del mundo moderno, no multiplicar su número como entidades independientes.

En la versión marxiana del capitalismo, la tierra aparece de modo ambivalente como fuerzas naturales necesarias que participan en la producción de las mercancías y como una clase social que funciona como obstáculo a la expansión del capital. Cuando Marx habla de los dueños de la tierra como una clase, su ambigüedad se resuelve en una inequívoca negatividad: “una clase que no trabaja ni explota directamente a los trabajadores, y que ni siquiera, a diferencia del capital, que genera interés, lanza homilías edificantes acerca del riesgo y el sacrificio que supone el préstamo de capital” (1981: 968). Dada su evaluación negativa del papel social de la tierra, resulta comprensible que le haya prestado poca atención a su papel en la evolución del capitalismo. Desde el punto de vista de la periferia del sistema capitalista, sin embargo, es necesario reconocer la centralidad de la tierra como fuerza social activa que mantiene una impactante significación económica y una notable elocuencia política.

Si se coloca la tierra en el centro del análisis en las formas múltiples que asume en el mundo contemporáneo –no solo como una clase que representa un modo de producción en decadencia, sino como una fuerza social activa en la reproducción de las relaciones modernas– resultaría difícil seguir viendo la acumulación del capital como el drama que protagonizan sola-

mente el capital y el trabajo en la sociedad. Por el contrario, habría que incluir también, como sugiere Lefebvre, el “Estado-nación confinado en un territorio específico” y, por tanto, “en el sentido más absoluto, la política y la estrategia política”.

Desde esta perspectiva, la crítica marxista de la apariencia cosificada de la política y la economía como esferas independientes tanto en la cultura capitalista como en la teoría social puede desarrollarse para incluir una crítica de su persistente separación en la teoría marxista misma. La vasta literatura sobre el Estado en las sociedades capitalistas avanzadas y en las periféricas se centra en la relación entre la política y la economía. En el seno de la sociología política convencional, que se inspira más en la programática teórica de Weber que en sus escritos históricos, la mayoría de las obras tratan de establecer la independencia del Estado de su contexto socioeconómico, y de privilegiar el papel intencional de los agentes políticos tanto en el terreno interno como en el internacional. En el seno del marxismo el debate se ha dado entre distintos modos de aprehender los vínculos entre Estado y capitalismo, a partir de la premisa de que los Estados se constituyen y organizan en respuesta a su papel de reproducir las relaciones sociales capitalistas. De ahí que mientras que los neoweberianos tienden a plantear una separación esencial entre Estado y economía, y se preocupan por evaluar grados relativos de “capacidades del Estado” (Skocpol 1985), los marxistas por lo general asumen la existencia de una conexión estructural entre Estado y sociedad y, por tanto, se interesan por explorar su significación en lo relativo a la forma y autonomía relativa del Estado (Miliband 1969; Poulantzas 1976).

Los estudios de Estados de la periferia –como los “Estados en proceso de modernización” (Almond y Verba 1963), los “Estados coloniales” (Alavi 1972; Chandra 1980) y los “Estados dependientes” (Amin 1990; Cardoso y Faletto 1979; Frank 1978)– tienden a reproducir los términos de esos debates. Dadas las formas imperantes de discurso teórico, resulta comprensible que los intentos llevados a cabo por neoweberianos y marxistas para “volver a introducir el Estado” (Evans, Rueschmeyer y Skocpol 1985) y para ver la “construcción del Estado” como un proceso histórico continuo (Bright y Harding 1984) se hayan enmarcado en los términos de la problemática dual de la autonomía relativa del Estado y de la capacidad de los agentes estatales para generar y seguir cursos de acción específicos. Estos enfoques tienden a asumir el capitalismo y a problematizar la relación del Estado con él.

No obstante, la concepción de capitalismo aquí propuesta proporciona una perspectiva diferente sobre las teorías del Estado. Un rasgo curioso de estas teorías es la facilidad con la que presentan al Estado y a la sociedad como esferas aparte. Mientras que tratan al Estado como el orden “público” de intereses generales reales o imaginarios, conciben a la sociedad como el dominio de los intereses privados. Dada esta oposición, la sociedad, el capital y la economía a menudo llegan a funcionar como sinónimos. La separación entre lo político y lo social está tan fuertemente incrustada en las teorías liberales sobre el Estado que definir las “fronteras” que dividen a la sociedad del Estado (o el “sistema político”, término que abrazaran David Easton y Gabriel Almond en los años 50) ha llegado a convertirse en un problema central de la teoría política liberal²². Si bien las teorías marxistas del Estado en general historizan la relación entre estas esferas o dominios separados, su modo de historizarla reproduce la tendencia de Marx a identificar la expansión de la riqueza de las naciones con la producción de valor. Esta identificación de valor y riqueza reduce la generación de riqueza a la relación capital/trabajo y excluye de su formación el papel de la tierra, considerada una relación social.

La exclusión de la naturaleza tiene importantes consecuencias para las teorías marxistas del Estado. Sea que los teóricos se centren en la relación entre la clase dominante y el papel del Estado (como en las posiciones instrumentalistas y estructuralistas), sea que lo hagan en la forma y la función del Estado capitalista (como en la escuela derivacionista alemana), generalmente asumen que el Estado depende de la sociedad o del capital para obtener sus recursos económicos. Los analistas pueden conceptualizar el Estado de maneras muy diferentes, desde considerarlo un aparato cohesivo que desempeña “funciones” específicas en favor del capital, hasta verlo como un complejo social conflictuado por “intereses” contradictorios, pero todos están de acuerdo en que, sea cual fueren su forma y funciones, depende de la sociedad para la obtención de sus ingresos.

Por tanto, no resulta sorprendente que esta premisa generalizada se reproduzca sin comentarios en uno de los más lúcidos intentos recientes por “rescatar” la teoría marxista del Estado. En *Alien Politics: Marxist State*

22. Para un útil panorama de la conceptualización liberal sobre el Estado, que subraya la dificultad de definir el Estado y de identificar las fronteras que lo separan de la sociedad, v. Mitchell (1991). La solución de Mitchell al problema tiene como base una concepción foucaultiana del Estado como el efecto estructural de formaciones disciplinarias dispersas.

Theory Retrieved, Paul Thomas da por sentado que el Estado depende del capital: "Una de las razones por las cuales tiene sentido emplear la categoría de Estado capitalista es que desde hace largo tiempo el Estado ha dependido de las actividades del capitalismo y de la acumulación de capital, que es, después de todo, la fuente de sus propios ingresos" (1994: 21). Sobre la base de la distinción de Giddens entre dos formas de autoridad –el mando sobre las personas y el mando sobre recursos asignables– Thomas trata la decisiva separación entre las esferas política y económica como el rasgo característico de las sociedades capitalistas. "El mando sobre las personas y el mando sobre los recursos son procesos o esferas separados que, en el capitalismo, van a dar a manos diferentes." La línea argumental de Thomas es compleja, pero su dirección general carece de toda ambigüedad: el mando sobre las personas está en manos del Estado, mientras que el mando sobre los recursos está en manos del capital. Los capitalistas necesitan al Estado para controlar a sus ciudadanos, pero el Estado, "después de todo", necesita al capital para financiar sus actividades, porque la acumulación de capital es "la fuente de todos sus ingresos" (1994: 19).

En las sociedades capitalistas, el trabajo, sujeto a la dominación del capital, produce un excedente económico; en un sentido fundamental, los ingresos de todos los actores sociales dependen, en última instancia, del capital, que es el agente que controla el proceso de producción. Ello justifica, en un nivel general, la idea de una dependencia estructural del Estado con respecto al capital. No obstante, el excedente producido por el trabajo bajo la férula del capital va a dar a manos de los capitalistas en forma de ganancias, pero también a los dueños de tierras en forma de rentas y a los trabajadores como salarios. Además, el Estado a menudo participa directamente en la explotación del trabajo mediante su involucramiento en actividades productivas, y puede actuar como dueño de tierras en tanto representante de la nación.

De ahí que, si bien es cierto que los Estados dependen del capital y sus ganancias, también dependen de la tierra y sus rentas; y tanto las ganancias como las rentas provienen no solo de las actividades internas, sino también de las internacionales. Si como plantea Marx, el Estado en tanto representante general de una sociedad capitalista es un capitalista abstracto, en tanto autoridad soberana en un territorio nacional desempeña el papel de terrateniente abstracto. Además, estos papeles abstractos asumen expresiones concretas mediante el involucramiento directo del Estado en la economía. De ahí que el Estado pueda convertirse en un capitalista activo cuando participa

directamente en los sectores financiero y productivo, a menudo en las llamadas industrias básicas como el acero y la petroquímica. También puede convertirse efectivamente en dueño de tierras cuando controla recursos naturales²³, que en los países del Tercer Mundo a menudo son fuente importante de divisas. En este caso, los capitalistas nacionales pueden llegar a depender de un Estado rico en recursos para obtener sus ingresos mediante múltiples formas de protección y promoción estatales de la industria privada, que van desde los subsidios directos a la exportación hasta las altas tarifas aduanales a las importaciones. Dadas las formas variadas del involucramiento del Estado en la economía de las naciones capitalistas, las fronteras que separan las esferas económica y política en esas naciones se trazan de diversas maneras y en muy raras ocasiones son precisas.

Es necesario descentrar las teorías del Estado, así como las teorías del capitalismo, a fin de abarcar la totalidad de los Estados capitalistas y el proceso global de su formación. En la medida en que las teorías del Estado han presentado a los Estados de las naciones capitalistas avanzadas como el modelo general del Estado capitalista, los Estados de las sociedades capitalistas periféricas se han representado –cuando no han sido simplemente dejados a un lado– como versiones truncas de este modelo; se identifican por un régimen de déficits, no por diferencias históricas²⁴. Pero una visión unificadora de la formación global de los Estados y del capitalismo muestra que todos los Estados nacionales se constituyen como mediadores de un orden que es simultáneamente nacional e internacional, político y territorial. Esta concepción no niega la desigualdad en términos de poder y desarrollo entre los Estados nacionales, ni la significación de influencias modulares entre ellos. Lo que hace, al colocar a los Estados en el seno de una matriz temporal y espacial unificada, es ver sus desigualdades como expresión de intercambios transculturales mutuamente constitutivos entre las sociedades supuestamente aisladas que representan.

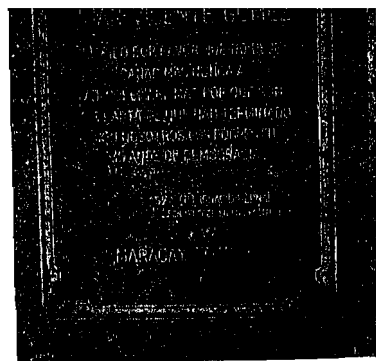
Estas consideraciones están en la base de mi análisis de la formación del Estado en Venezuela, cuando en virtud de su propiedad sobre el subsuelo

23. Para un análisis del involucramiento del Estado en el sector petrolero tanto en naciones metropolitanas como en naciones del Tercer Mundo, v. Klapp (1987). La autora centra su amplio estudio comparativo en cuatro países y trata de contestar la pregunta de por qué "los gobiernos de 74 gobiernos se convierten en empresarios en la industria petrolera en vez de dejar este negocio al sector privado".

24. Resulta suficiente leer los excelentes estudios sintéticos de teoría marxista de Carnoy (1984) y Jessop (1982; 1990) para ver cómo los Estados "dependientes" –como los denomina Carnoy– aparecen solo como modelos imperializados e inferiores del Estado capitalista "normal".

rico en petróleo, se convirtió en un gran propietario de tierras y gran capitalista, durante un periodo en el cual el petróleo se tornó una de las mercancías más valiosas y esenciales del mundo. Si bien mi análisis intenta arrojar luz sobre el ejemplo específico de Venezuela, parto de la premisa de que la revelación de una formación nacional singular brinda una iluminación más general, porque esclarece las circunstancias de las que brotan otras historias nacionales particulares. Creo que esta perspectiva puede arrojar nueva luz sobre otras sociedades que también dependen de las exportaciones de productos primarios para obtener divisas, y reubicar el análisis de las luchas por la tierra, que ha hecho énfasis en las relaciones entre propietarios y campesinos, pero ha dejado a un lado la significación de las rentas agrícolas en esas relaciones. Aunque las identidades de la mayoría de las naciones del Tercer Mundo han estado vinculadas de manera tan íntima con productos primarios de exportación específicos que en algunos casos se les ha identificado con ellos—bananos (América Central), petróleo (naciones miembros de la OPEP), café (Colombia y Brasil), nitratos y cobre (Chile), trigo y ganado (Argentina) y azúcar (Cuba)—ha resultado difícil desentrañar la significación económica, política y cultural de este vínculo. Si bien el caso venezolano es excepcional en ciertos aspectos, hace más visible procesos que también conforman a otras sociedades del Tercer Mundo.

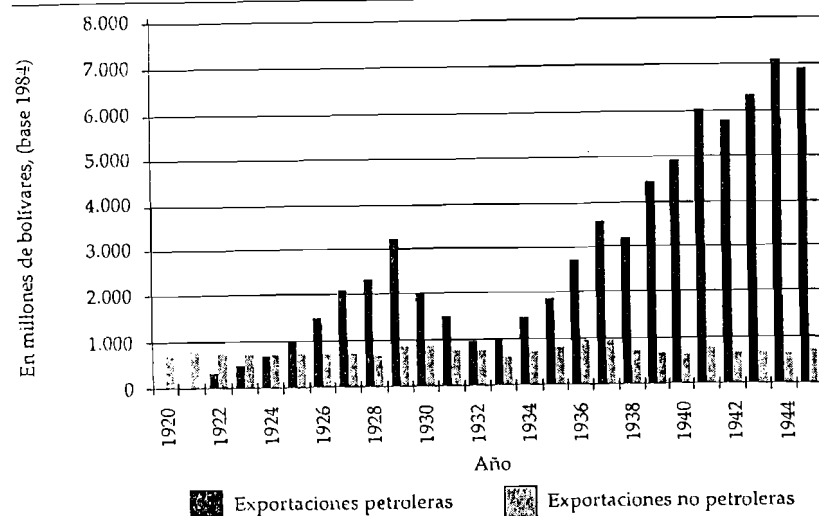
Como he apuntado, las luchas en torno del petróleo ayudaron a trazar el mapa contemporáneo del mundo. Un famoso analista de la industria petrolera, en reconocimiento al papel crucial del petróleo en la construcción de nuestras “sociedades del hidrocarburo”, ha adelantado la idea de que “el siglo xx bien merece el nombre de ‘siglo del petróleo’” (Yergin 1991: 14). A principios de este siglo las empresas transnacionales más avanzadas del mundo se establecieron en Venezuela, una sociedad agrícola precariamente organizada, y empezaron a extraer el petróleo. Pocos años después esa sociedad se convirtió en la mayor exportadora mundial y empezó a concebirse como una “nación petrolera”. En los capítulos siguientes examino esta transformación, enfocando mi análisis en la captura por parte del Estado de la riqueza petrolera y en los efectos transformadores de su circulación a lo largo del cuerpo político.



Placa colocada en el mausoleo de la familia Gómez en el cementerio de Maracay.
(Foto: Julie Skurski.)

Gráfico 1

Relación entre exportaciones petroleras y no petroleras (no rentistas),
1920-1945



Fuente: Baptista 1991: 118.

Cuadro 3

Participación de la agricultura en el Producto Nacional Bruto,
1920-1945

1984)

Año	PNB (no rentista)	Agricultura	% agrícola en el PNB
1920	7.324,4	1.985,8	27
1925	14.587,3	2.929,0	20
1930	21.334,5	3.357,5	16
1935	20.090,3	3.627,2	18
1940	30.121,6	3.716,0	12
1945	40.733,9	3.870,7	10

Fuente: Baptista 1991: 114.

Cuadro 4

Participación del petróleo en el total de exportaciones, 1920-1945
(en millones de bolívares, base 1984)

Año	Total exportaciones	Exportaciones petroleras (no rentistas)	Exportaciones no petroleras	Total de % del petróleo en exportaciones
1920	677,2	-	677,2	0
1925	1.690,2	980,9	709,3	58
1930	2.803,6	1.964,3	839,3	70
1935	2.635,5	1.846,5	789,0	70
1940	5.484,3	4.871,6	612,7	89
1945	7.594,5	6.882,0	712,5	91

Fuente: Baptista 1991: 118.

Cuadro 5

Población urbana y rural, 1920-1945

Año	Población total	Población urbana	Población urbana/total %	Población rural	Población rural/total %
1920	2.992.468	490.765	16	2.501.703	84
1925	3.114.434	588.398	19	2.526.036	81
1930	3.300.214	749.844	23	2.550.370	77
1935	3.464.993	890.290	26	2.574.703	74
1940	3.783.780	1.169.188	31	2.614.592	69
1945	4.223.014	1.541.400	36	2.681.614	64

Fuente: Baptista 1991: 21, 22.